

No te vayas,
**QUÉDATE
CONMIGO**

NORAH CARTER
MONIKA HOFF

NO ME GUSTA PEDIR
PERO TENGO HAMBRE.

GRACIAS

No te vayas,
QUÉDATE
CONMIGO.

Norah Carter – Monika
Hoff

Título: No te vayas, quédate conmigo.

© 2016 Norah Carter — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Octubre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier

semejanza con la realidad es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o
parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Prólogo

Por fin... Suspiré cuando vi la pantalla del ordenador encenderse y una enorme sonrisa se formó en mi cara.

Había tenido un día bastante ajetreado, entre la cita médica a la que había ido por la mañana y que había decidido aprovechar que estaba fuera para arreglar unos asuntos que tenía pendiente con mi abogado, había perdido por completo el día.

Así que lo primero que había hecho nada más entrar por las puertas de mi casa había sido encender el ordenador

portátil.

Mientras encendía, tomé una rápida ducha caliente y me preparé un sándwich de pollo. Me acomodé en mi sofá favorito y me eché una manta por las piernas, era Octubre y ya empezaba a refrescar cuando se ponía el sol.

Revisé la bandeja de entrada de mi correo electrónico mientras cenaba y, cuando terminé, coloqué el portátil sobre mis piernas, decidida a empezar a escribir.

— ¿Sí? —resoplé al contestar a la llamada. Ni siquiera había mirado quién era.

—Bueno, veo que estás de buen humor—dijo irónica—. Venga, dime qué te pasa.

—Hola, Lucía —sonreí de nuevo mientras saludaba a mi mejor amiga.

—Vaya, eso está mejor. ¿Qué te dijo el doctor, Sofía? —preguntó yendo directa al grano.

—Todo está bien, no te preocupes. Solo era una revisión rutinaria —le volví a explicar por décima vez, pero así era

Lucía, siempre preocupada por mí—. Y los documentos que tenía que firmar también, todo en orden —le dije antes de que me preguntara.

—Pues me alegra escuchar eso —dijo y yo puse los ojos en blanco, se lo había explicado decenas de veces, de hecho habíamos hablado varias veces por WhatsApp ese día y le había ido contando las cosas—. Iba a acercarme a tu casa pero se me hizo tarde en la oficina—dijo con voz triste. Lucía solía pasarse por casa casi todos los días para estar conmigo, ya que yo no era de salir mucho. Echábamos unas risas mientras tomábamos un café y

liberábamos un poco el estrés del día a día.

—Oh, no te preocupes, tengo mucho trabajo—respondí deseando que con eso dejase de hablar y pudiera ponerme a escribir. Adoraba a mi amiga pero necesitaba mi momento de soledad mientras sacaba todo lo que tenía en la cabeza ese día

—Como si eso fuera nuevo... ¿Nos vemos mañana? —preguntó, pero sonó más a una orden.

—Nos vemos mañana —confirmé.

— Está bien, pero no trabajes mucho
—me dijo antes de tirarme un beso y
colgar el teléfono.

Me hizo gracia esa frase, sobre todo ese día cuando aún no había hecho nada más que encender el ordenador. A ese paso no acabaría la novela nunca.

Le quité el sonido al móvil y lo dejé encima de la mesa. Abrí el documento de texto y resoplé un rato después cuando vi que no podía centrarme.

Me levanté a hacerme un té caliente y me lo tomé en el porche mientras miraba

cómo anocheía.

Vivía a las afueras de la ciudad de Cádiz en una chalet con un enorme jardín. Había comprado esa casa unos meses antes cuando cansada del bullicio de la ciudad, decidí buscar algo solitario en donde pudiera trabajar con más calma.

Era escritora y, aparte de adorar la soledad, la mayoría de las veces la necesitaba para poder enfrascarme en el trabajo.

Toda mi vida había girado en torno a los libros, mi madre había sido escritora también y me había inculcado su amor por las letras, así que después de terminar mi grado en Filología y

Literatura Hispánica, decidí probar suerte y escribir mi primera novela.

Las cosas no me habían ido mal, sino todo lo contrario. Así que desde hacía unos 4 años, me dedicaba solo y exclusivamente a escribir.

Y estaba feliz, tenía una vida que me encantaba, a mis 28 años había conseguido mucho más de lo que nunca hubiese esperado, la casa la había reformado completamente y todo estaba perfecto.

Todo excepto la soledad...

No sabía qué me pasaba últimamente, había tenido que visitar al doctor en varias ocasiones porque me sentía decaída y tenía miedo de que fuese

anemia o algo peor. Era lo malo de ser escritora, tener una imaginación enorme. Me habían hecho varias pruebas y todo estaba bien, me dijeron que podía ser un poco de estrés y que debería de trabajar menos y tomarme algo de tiempo libre. Pero tenía una novela que terminar, mis lectores no eran de esperar mucho, querían saber ya el desenlace, así que tenía que poder un poco más.

Me terminé de tomar el té y viendo que no iba a ser capaz de poder centrarme y que mejor sería dar ese día por perdido en cuanto a escribir, cogí la tablet, una manta que siempre tenía preparada para tumbarme en el sofá del porche y me puse cómoda. Busqué una película

divertida para ver y distraerme, pero seguía costándome.

No sabía por qué, pero esos últimos días, la soledad me estaba pesando más de la cuenta.

Tal vez necesitaba algo nuevo en mi vida, pensé mientras cerraba los ojos y me quedaba dormida.

Capítulo 1

Desperté dispuesta a aprovechar ese día al máximo escribiendo la novela en la que estaba sumergida en esos momentos, necesitaba dejar volar mi imaginación y desarrollar todo lo que tenía en la mente desde hacía tiempo.

Me preparé un expreso después de darme una buena ducha, salí al porche a tomármelo, me gustaba hacerlo revisando las redes sociales y haciendo un seguimiento de las ventas de mis novelas, un rato después decidí coger el coche e ir a comprar pan para atrincherarme todo el día en casa.

Fui hacia la baguetería donde solía comprarlo, conforme me acercaba para

aparcar pude ver de nuevo al chico del día anterior, en la puerta del comercio, con un cartel que decía:

*“No me gusta pedir, pero tengo
hambre.
Gracias.”*

Su mirada era preciosa, se notaba que no era de este país, su aspecto hacía presagiar que era de algún país del norte de Europa, tenía una mirada muy noble y notaba que le daba vergüenza estar en esa situación.

Me bajé del coche y me dirigí hacia él.

— Buenos días.

— Buenos días. ¿Cómo estás? —dijo en un castellano muy gracioso por la mezcla de idiomas.

— Bien, gracias. Me preguntaba si te apetecía tomar un bocadillo de estos que hacen aquí calentitos de tortilla con alioli.

— Perfecto, muchas gracias — dijo con voz tímida.

— ¿Una coca cola para acompañarlo?

— No, con el bocadillo es más que suficiente, ya tengo yo agua que cogí en una fuente de la calle de atrás, no se tome más molestias.

— Ahora salgo.

Entré con la sensación de que su mirada transmitía que era una persona que estaba sufriendo demasiado, el vivir en la calle y tener pocos recursos hacía que su aspecto fuera más dejado, pero se notaba que era un chico de unos 35 años aproximadamente, con una preciosa mirada y con una cara especialmente bonita.

Rato después ya estaba yo saliendo con el bocadillo de tortilla en las manos, una lata de refresco, un paquete de patatas y otro de galletas.

— Ya estoy aquí —dije mientras le entregaba la bolsa con todo lo que había comprado.

Se levantó rápidamente.

— Oh, gracias, esto es demasiado, no debías de haberte molestado.

— Para nada, mañana quizás me pase

a mí y necesite que me ayuden, esto no es nada, solo espero que la suerte te cambie y tengas la posibilidad pronto de volver a reconducir tu vida.

— Dios te oiga, dejé todo por mejorar y perdí lo que tanto me había costado conseguir, aunque tenga que volver a empezar de cero, espero tener pronto una oportunidad de nuevo en esta vida.

— Estoy segura de que la tendrás, ¿de dónde eres?

— Soy de Noruega, precisamente de Oslo.

— Estuve de vacaciones allí unas navidades, aunque todo estaba nevado y disfruté como una enana en aquel país, se respiraba mucho respeto.

— Sí, prefiero el clima de aquí, pero allí vivía muy cómodo, era feliz, espero volver algún día, vine ilusionado por una propuesta interesante que me habían hecho pero me engañaron bien.

— ¿En serio? —pregunté sobrecogida por lo que me había acabado de decir.

— Dejé todo y encima perdí lo poco que tenía, me prometieron 6 meses en un trabajo bastante importante, pagué la casa por adelantado, me vine con lo justo para vivir un mes y cuando llegue no tenía ni casa, ni trabajo y no apareció la persona que me movió todo. Lo poco que traje lo tuve que utilizar para dormir en pensiones y comer los primeros días mientras investigaba —se echó a llorar.

— Vaya, lo siento —dije con un nudo en la garganta mientras le cogía la mano para acariciarla e intentaba calmarlo.

— Tranquila, lo siento, no debí haber reventado ahora.

— Para nada, ¿cómo te llamas?

— Cristian, me llamo Cristian, ¿y tú?

— Yo me llamo Sofía y estoy encantada de conocerte.

— Igualmente.

— Te invito a tomar un café conmigo en esta cafetería, nos sentamos allí en la terraza, si te apetece.

— Claro, pero con lo que me has comprado es suficiente, yo te acompaño durante el café.

— No, eso guárdalo para el mediodía, ahora vamos a darnos un buen desayuno, no me vale que vuelvas a decir que no.

Me echó una preciosa sonrisa y le dije con la mano que me siguiese, la terraza estaba a pocos metros y nos sentamos allí.

— ¿Desde cuándo estás aquí?

— Hace un mes, estaba en San Fernando cuando me quedé sin recursos, me vine aquí, a Chiclana, andando. Conseguí encontrar una casa abandonada de estas que llaman de embargo, ahí estoy hasta que solucione mi problema o me echen —dijo con una sonrisa, encogiendo los hombros.

— Ahora, por desgracia, hay muchos okupas, la situación en este país está bastante mal en estos momentos.

— Sí, ya me di cuenta, por lo menos tengo donde dormir, un vecino me

regaló un colchón y me puso una bomba de agua agarrada del techo para que me pudiese duchar, me las rellena todos los días, he sido muy afortunado habiéndolo conocido.

— Claro, poco a poco seguro que vas encauzando tu vida.

— Gracias por este café y estás tostadas calentitas —dijo mientras untaba la mantequilla.

— No me des más las gracias, es un placer poder estar charlando contigo.

— ¿A qué te dedicas?

— Soy escritora, me auto publico en la página de Amazon, además de publicar con alguna que otra editorial.

— ¡Me encanta! Siempre leí mucho, hace poco me leí uno que encontré dentro de la casa en la que estoy ahora mismo, realmente ya me lo he leído 3 veces —dijo riendo.

— Mañana te traeré varios libros
—dije guiñando el ojo.

— Gracias, en cuanto lo leas los

devolveré.

— Tranquilo, te traeré alguno mío, te obligaré a leerme —dije riendo.

— Claro, ¿que generó escribes?

— Un poco de todo, normalmente romántica, pero también he escrito sobre policíaca.

— Wow, se ve que tienes mucha creatividad.

— Me gusta lo que hago, poder vivir

de ello me hace sentir bien conmigo misma, me encanta encerrarme en casa y dejar volar la imaginación.

Estuvimos más de una hora charlando allí sentados y me despedí de él con gran dolor en el corazón, por mí me lo hubiese llevado a mi casa para que se diese una buena ducha e incluso para que se quedase un tiempo, pero sabía que no podía hacer eso, sería todo un atrevimiento ya que detrás de cualquier cara de ángel puede haber un demonio.

Me fui de allí directa para mi casa, me

puse a preparar la comida para dejarla lista para más tarde, era incapaz de sentarme y centrarme en ponerme a escribir ya que conocer a Cristian me había dejado un poco tocada.

Estaba terminando de preparar el lavavajillas para ponerlo a funcionar cuando escuché el pito de un coche fuera. Me acerqué y le di al botón que abría las puertas del garaje. Saludé a Lucía con la mano mientras la veía aparcar.

Dejó el coche en medio del jardín, como siempre hacía, sin preocuparse si estorbaba o no, y se bajó del coche con una gran sonrisa en la cara. Nos dimos un abrazo y se dejó caer en el sofá del

porche.

— ¿Ya está listo el café? —preguntó directamente.

— Estaría listo si supiera que vendrías.

— No es la primera vez que vengo a tomarlo después de comer —dijo como toda excusa.

— Pero sí la primera en la que no recibo un mensaje de tu parte en el que me digas que vienes a tomarlo.

Me miró con los ojos entrecerrados.

— Está bien, ya lo preparo yo

—resopló mientras hacía como que le costaba la misma vida levantarse del sofá.

— No, tranquila, prefiero hacerlo yo.

Le hice señas para que no se levantara, aún sabiendo que no lo iba a hacer y que todo era una estrategia para que lo hiciera yo, sobre todo sabiendo que odiaba que lo pusiera ella porque me

desordenaba la cocina, y yo era un poco maniática.

Coloqué las tazas, el azúcar y el café recién hecho en una bandeja y me senté frente a ella.

— He tenido un día de mierda
—empezó la retahíla de siempre.

— ¿Tu jefe? —pregunté yo como cada día.

— Sí, cada día lo soporto menos. ¿Te puedes creer que...?

En ese momento dejé de escucharla,

siempre pasaba lo mismo, su jefe la explotaba y ella no tenía más remedio que callarse la boca. Pero claro, cuando yo le decía que entonces por qué se acostaba con él, se ponía en plan dramática a decirme que como novio era lo mejor, bla bla bla. La historia de siempre.

— Así que cogí y me fui —acabó y yo volví a mirarla de nuevo. Me quedé en silencio y bebí de mi taza de café—. Bueno, ¿y qué tal tu día?

— Muy bien.

— ¿Muy bien? ¿Qué ocurrió?

— ¿Por qué tiene que ocurrir algo?

— Has dicho muy bien.

— Porque ha estado muy bien —fruncí el ceño sin entender qué era lo extraño.

— Suelas decir bien o normal o como siempre. Pero muy bien... No, nunca dices muy bien —ese era su argumento.

— Ah —dije sin saber qué decir—.
Pues normal —rectifiqué.

— ¿Qué me estás ocultando?

— ¿Por qué tendría que ocultarte algo?
—pregunté inocentemente, confiaba en ella para todo pero no iba a contarle sobre Cristian cuando era algo sin importancia y ella pondría el grito en el cielo, la conocía bien y, además, cuando todavía ni yo misma había analizado la situación. Tampoco es que hubiese mucho que analizar, pensé. Solo fue un desconocido al que le presté ayuda.

— Eso me pregunto yo... —se me quedó mirando fijamente como si en mi cara estuvieran todas las respuestas a sus enigmas mentales, enarqué las cejas y le sonreí dulcemente—
Mmmm... Está bien, si pasa algo, ya me enteraré. Bueno, a lo que vine...

— A tomarte el café —interrumpí.

— Sí, a eso también —se rió—. Tengo que hacer algunas compras estos días y no quiero ir sola, ¿te apetece...? No, espera, lo pregunto mejor, ¿puedes acompañarme, por favor?

— Vale.

— No digas que... ¿Has dicho vale?

—preguntó con los ojos abiertos como platos.

— Sí —me encogí de hombros.

— Oh, pues te llamo mañana y ya quedamos el día —se levantó corriendo del sofá y se dirigió al coche —. Me voy antes de que vuelvas a la realidad y cambies de opinión —abrió la puerta del coche—. ¡Te quiero! —gritó antes de cerrarla.

Le di de nuevo al botón para que las puertas se cerraran y recogí las cosas de la mesa. Iba con una sonrisa en la cara y ni yo tenía idea de por qué.

Me senté en mi sofá preferido, en el que siempre me sentaba a escribir y me dispuse a darle a las teclas.

Cuando me di cuenta ya había anochecido, así que apagué el ordenador, me preparé un vaso de leche caliente y me fui a la cama, no tenía demasiado apetito.

Me tumbé en la cama y se me vino a la mente de nuevo la imagen de Cristian. Era un chico encantador y su historia me había llegado muy adentro, no me atreví

a preguntar mucho pero por lo poco que me había contado, tenía que haber sufrido demasiado, y más en un país extranjero.

Me sentí triste, pensando en cuánta gente habría así, viviendo en esas circunstancias y cómo un simple café y un bocadillo le habían alegrado el día.

Eso y una conversación con alguien que no lo juzgaba o lo miraba con lástima o cosas peores.

No sabía porqué pero ese chico me daba muy buenas vibraciones, era extraño.

Aunque claro, era un extraño y no podía fiarme de él pero...

Me levanté corriendo de la cama cuando una nueva idea cruzó mi mente y corrí a encender de nuevo el portátil para escribirla.

Acabé a las tantas de la madrugada, agotada pero contenta. Me acosté pensando que al día siguiente, tenía unos libros que llevarle a Cristian y estaba segurísima de que le encantarían.

Capítulo 2

Me desperté temprano, volví a prepararme el espresso con el que me levantaba todas las mañanas, cogí dos libros y los metí en mi bolso, un rato después ya iba en mi coche a la baguetería a comprar pan y entregárselos a Cristian, además que volvería a invitarlo a desayunar y le dejaría el bocata con su refresco pagado de nuevo.

Al verme aparecer con el coche, su

sonrisa se iluminó rápidamente, me bajé enseñándole los libros.

— ¡Vaya portadas! Se ven muy lindos, estoy deseando comenzarlos a leer.

— Vamos a desayunar, vengo hambrienta.

— No puedo aceptar de nuevo que pagues, demasiado estás haciendo ya por mí.

— ¡Vamos! Deja ya de excusarte.

Comencé a andar ligera para que me siguiese, nos sentamos en esa terraza y le pedí al camarero que nos trajese dos cafés con dos molletes con jamón.

— No, por favor, no gastes tanto en mí.

— Bueno, algún día me tendrás que invitar a comer cuando comiences a trabajar.

— Ayer por la tarde me fui a un cyber y envié varios currículums para algunas empresas de esta zona.

— Cuando necesites que te envíe algo, solo debes de decírmelo.

— Eres muy amable —dijo esbozando una gran sonrisa.

— ¿Cuántos años tienes, Cristian?

— 36.

— Casi acierto, pensé que entre 34 y 35 años.

— Raro que no me has echado 50, se me han caído aquí muchos años

encima.

— ¡Qué va!, se te ve genial, de tu edad, ni más ni menos.

— Me ha encantado que vuelvas, que te hayas acordado de traerme esos libros que tan feliz me harán esta noche, además mi vecino me ha tirado un punto de luz para que no esté a oscuras, me enganchó un cable desde su casa.

— ¡Qué bueno!, quería preguntarte algo, ¿entiendes de jardinería?

— Bueno, antes de morir mis padres vivía en una casa a las afueras de Oslo, antes de independizarme también, ellos tenían un gran jardín y yo me dedicaba a ayudar a cuidarlo, no es que sea un experto pero ideas no me faltan. ¿Te sucede algo?

— Antes tenía un chico que me cortaba el césped, me cuidaba las plantas, me tenía muy bien todo el exterior, pero hace dos semanas lo contrataron en un hotel y ahora no puede venir a atender mi jardín. Había pensado si te apetecía venir a trabajar dos veces en semana toda la mañana mientras encuentras

trabajo, puedo pagarte 300 € y puede ser de ayuda mientras que encuentras algo para por lo menos poder comer y coger algún medio de transporte para buscar trabajo.

Las lágrimas comenzaron a brotar por sus mejillas.

— Gracias, ¿pero de verdad lo necesitas?

— Claro, Cristian, yo entre escribir y preparar todo no tengo tiempo para atender la zona exterior, incluso la interior también viene una chica a

limpiarme una vez en semana. Me encantaría que fueras tú para así al menos empezar a levantar un poco de cabeza.

— Te lo agradezco de todo corazón, yo feliz y agradecido, no temas por nada, no te fallaré, puedes confiar en mí, ya lo verás con el tiempo.

— Algo me dice que me puedo quedar tranquila, así que no te preocupes, mañana te recojo a las 9 y luego te traigo de vuelta.

— Me encanta poder empezar mañana

—dijo mientras mordisqueaba el mollete con jamón.

— ¿Dónde vives exactamente? Para poder recogerte en la puerta.

— Pues ese café hacia arriba, la tercera calle de la derecha.

— Perfecto, me esperas en la esquina a las 9 —dije mientras pedía otros 2 cafés.

— Genial, me has acabado de devolver la vida, aunque me saliese trabajo los fines de semana te ayudaría

con el jardín, no lo dudes, o por las tardes, te estaré eternamente agradecido.

No paraba de mirar lo guapo y limpito que venía, se había incluso afeitado, su melena media rubia tenía un precioso brillo, aunque el día anterior no se le veía sucio, solo más desgastado.

— Cristian, ¿cuánto sacas tú al día más o menos pidiendo?

— Unos 5 €, lo justo para comer ese día aunque sea un poco de pan con algo, en el momento que tengo eso ya

me retiro y me voy para mi casa.

— Yo te pagaré por semana, mañana te daré los 75 € correspondiente a esta, lo digo por si no quieres más estar pidiendo puedes dejar de hacerlo si quieres, ahora te compraré lo necesario para que pases el día de hoy.

— Tranquila, no hagas más por mí de lo que estás haciendo, de todas formas si voy a cobrar por semana voy a dejar ya de pedir pues me da mucha vergüenza, prefiero vivir de mi trabajo, con muy poco soy feliz, además por ahora no pago casa, con ese dinero será suficiente para poder

mantenerme hasta que encuentre otro trabajo más. No sabes lo ilusionado que me levanté sabiendo que posiblemente me ibas a traer esos libros, algo me decía que no me mentiste cuando me lo dijiste, me acosté muy feliz.

— Espero que te gusten, de todas formas mañana te enseñaré la biblioteca que tengo en mi casa y puedes escoger los que quieras para irlos leyendo.

— Primero leeré los que tú has escogido, sabiendo que son escritos por ti me hace mucho más ilusión

empezarlos.

— Gracias. Estoy encantada de que hayan caído en tus manos.

Sus gestos, su forma de hablar, su mirada, sus expresiones, todo lo hacía un hombre muy sensual, además de ser una persona muy respetuosa y con una de las miradas más nobles que había visto en mi vida, me daba mucha pena lo que había sucedido en su vida, quizás no se merecía lo que le había pasado, estaba deseando que su vida cogiera un rumbo, me hacía mucha ilusión poderlo ayudar de esa manera.

Pasamos toda la mañana charlando, se nos pasó volando, antes de despedirme lo llevé a la tienda y compré su bocata con su refresco y su paquete de patatas, además de pan y embutido para por la noche, me hizo prometer que se lo iba a descontar de lo que le iba a pagar esa semana, evidentemente no se lo pensaba cobrar pero no tenía ganas de discutir con él en esos momentos y menos sobre eso.

Lo llevé hasta la puerta de su casa y allí nos despedimos hasta el día siguiente, mientras se bajaba del coche me dio mil veces las gracias.

Llegué a casa y guardé la compra en el

frigorífico y dejé puesta la comida para que se hiciera, me apetecía comer algo caliente ese día.

Cuando ya estaba sentada en el sofá, con la televisión encendida mientras revisaba la agenda de los próximos días y unos sudores fríos me entraron al ver la cantidad de correcciones que tenía acumuladas, sonó el móvil. Como siempre, lo cogí sin mirar.

— ¿Sí?

— Hola, cariño, ¿cómo estás?

—preguntó mi padre.

— Hola, papá, muy bien, ¿y tú? —dejé todo lo que estaba haciendo y me recosté en el sofá, cuando mi padre llamaba, siempre pasábamos mucho tiempo hablando.

— Hoy no fui a comer a casa.

— ¿Otra vez? ¿Qué pasó?

— Tu madre tenía una actividad con el taller de zumba y no podía venir a casa, así que para comer solo, me quedé en la oficina.

— Sabes que puedes venir a comer

aquí —le repetí como siempre hacía. Mi padre tenía su propio despacho de abogados y mi madre era una moderna ama de casa que se pasaba el día entre actividad y actividad. Estaban los dos muy chapados a la antigua, al menos él y si ella no comía en casa, él tampoco. — Sí, lo sé, pero no quise...

— Nunca molestas —le interrumpí—. Además, tenía que hablar contigo.

— Dime, princesa, ¿necesitas algo?

— Tengo un amigo que necesita ayuda, aún no sé mucho de él pero te puedo

asegurar que es un buen chico. Si te enteras de algo...

— ¿Es tu novio? —preguntó emocionado y sorprendido a la vez.

— No, no es mi novio —medio gruñí—. Te dije un amigo, papá. Qué manía con los novios.

— Se te va a pasar el arroz —dijo como tantas otras veces y me lo imaginé encogiéndose de hombros y todo.

— Lo que decía —dije ignorándolo—,

si te enteras de algo o cualquiera de tus amigos que necesiten un empleado, tenlo en cuenta. Yo ya te diré qué sabe hacer y qué no.

— Está bien, no te preocupes que no se me olvidará.

— Gracias, papá. Y ahora tengo que dejarte, no me alcanza el tiempo para todo lo que tengo que hacer.

— Está bien... —dijo de nuevo, esa vez resignado—. Pásate por aquí y salimos a comer. Hace días que no te veo.

— Te lo prometo, te quiero.

— Yo también.

Colgué el teléfono y me levanté para preparar la bañera de agua caliente, sentía demasiada tensión y quería relajarme o no iba a poder aprovechar el día para escribir nada y tenía mucho acumulado.

Me había gustado mucho hablar con Cristian y conocerlo un poco más y aunque le había dado vueltas a la idea de hacer algo por él, de encontrar alguna forma de ayudarlo, la que le propuse me

pilló hasta por sorpresa a mí. Me había sentido muy bien cuando aceptó, era un buen hombre y merecía que lo ayudasen. Y aunque lo que le había ofrecido no era mucho, sabía que le había ilusionado. Y yo me había sentido extraña al ver esa sonrisa tan sincera en la cara.

Me dolía, cuanto más tiempo pasaba con él, lo difícil que era la vida a veces y los palos que le daba a quien menos lo merecía. Y aunque conocía de poco a Cristian, algo me decía que podía confiar en él.

Salí de la bañera y me puse ropa cómoda para pasarme toda la tarde escribiendo. Desconecté el móvil y el teléfono de casa para sumergirme en mi

mundo pero la imagen de Cristian no se iba de mi mente, desconcentrándome continuamente.

Capítulo 3

Sonó el despertador a las 8, me desperté muy ilusionada porque iba a ir a recoger en breve a Cristian, me tomé un espresso rápido después de una buena ducha, estaba deseando verlo, así que un rato después salí a darle el encuentro.

Cuando llegué ya estaba en la esquina, la verdad que el tío tenía una planta impresionante, llevaba unos tenis blancos muy bonitos con un vaquero ajustado y una camiseta blanca por

fuera, encima una chaqueta de algodón gris muy chula, cada vez estaba cobrando un aspecto mucho más saludable.

— Buenos días, Sofía —dijo con una gran sonrisa.

— Buenos días, Cristian, te veo genial.

— Puede ser, dicen que la cara es el reflejo del alma y ahora mismo estoy muy feliz a comparación con días atrás.

— Cuánto me alegra oír eso.

— Quiero contarte que anoche me quedé hasta las 12 de la noche leyendo tu libro, batí récord de lectura, hasta que no me lo acabé no paré, me he leído la novela corta, escribes muy bien, me metí en la piel de los personajes perfectamente, me sentía en cada escena de la historia, es muy fácil leerlo, quiero que sepas que ya tienes un fan más, pienso leerme todo tus libros.

— Ohhh, es todo un halago, Cristian.

— Escribes de forma diferente, vas directo y claro, usas unas expresiones muy corrientes, tienen una esencia diferente tus libros...

— Al final me lo voy a creer...

— Sabes que tienes muchos lectores, por algo será...

Abrí desde el coche la puerta de entrada al chalet, metí el coche y comprobé cómo Cristian ya observaba todo el exterior, mientras nos bajábamos hacía alusión sobre ello.

— Esto es precioso, pero debes de perdonarme todo lo que te voy a decir, tiene un potencial muy bueno para darle mucho juego a todo el jardín, te daré, si quieres, unas ideas que apenas costarán dinero y pueden ser de gran utilidad, además que realzará todo el exterior.

— Me parece genial, pero antes voy a preparar un buen desayuno y nos lo tomamos en el porche, pasa que te enseñe la casa.

Entramos primero al salón, se quedó frente a la biblioteca, le dije que adelante, que podía tocar los libros que

quisiese, que mientras iba a ir preparando el café, me iba hablando y preguntando sobre algunos títulos de los libros, luego fui hacia él y le dije que me siguiese para enseñarle el resto de la casa, no era nada del otro mundo: 3 dormitorios, dos cuartos de baño, salón y cocina.

En el exterior del chalet había una habitación para las herramientas del jardín y una pequeña buhardilla donde había una cama de matrimonio para invitados con un baño.

Saqué a la mesa de afuera las tostadas y los cafés, me dijo que ya estaba planeando el cambio que le iba a dar al jardín con mi permiso, empezó a

hablarme de los palets, que con ellos sabía hacer grandes trabajos, que iba a intentar conseguir algunos para hacerme un leñero, para colocar bonita toda la leña allí en el exterior, en un lado de la parte de atrás.

Me pareció una genial idea ya que quedaría muy rústico y encima tendría buena provisión para el invierno, luego miró hacia el techo y me dijo que necesitaba alargar la parte del porche con un techo de madera para el invierno poder comer ahí incluso cuando lloviera, me estaba encantando todas las ideas que me estaba dando.

— Lo del leñero me ha hecho mucha

ilusión.

— Esta tarde iré a buscar palets por ahí.

— No, vamos los dos y si es necesario incluso lo compro.

— Si quieres, podemos ir en tu coche a un polígono, seguramente por allí encontremos algunos tirados.

— Me parece genial, luego cuando comamos nos vamos por ahí a buscarlos, antes de dejarte en casa.

— Si tenemos suerte y los encontramos, mañana por la mañana vengo a montártelo y no hace falta que me pagues ese día extra que voy a echar porque para mí valdrá para despejar la mente y lo hago como agradecimiento. Así que si me permite vendré varios días que no tenga que trabajar para hacer algunos trabajos que me gustaría ver puestos en este precioso lugar. Tranquila que tú puedes estar dentro de a tu aire y que no te molestaré para nada.

— No me molestas, puedes venir cada vez que quieras, me parece que podemos aprovechar para hacer algo

bonito aquí, creo que tienes mucha idea sobre ello y se podrá conseguir avivar esto un poco más, estaba pensando en ir a comprar macetas de colores vivos, con plantas que no sean muy débiles.

— Perfecto, si quieres cuando vayas a comprarlas, te acompaño, te puedo aconsejar bien.

— Me parece que si no tienes otro plan esta tarde, nos vamos de ruta por un invernadero y de paso, como está en un polígono, miramos si hay palets.

— Claro, me parece un plan perfecto para amenizar el día.

— Pues genial, después de comer vamos.

Terminó el desayuno y dijo que se ponía manos a la obra, ya sabía dónde estaban todos los cacharros para el jardín, así que lo dejé a su libre albedrío y yo entré a mi rincón del salón para ponerme a escribir.

Volví a prepararme otro café y me senté frente al portátil, desde la balconera

podía ver a Cristian preparando el corta césped y el corta filos, se había quitado la chaqueta y se había quedado solo con la camiseta blanca de mangas cortas, aunque era otoño por las mañanas aún el sol calentaba, era espectacular ver los brazos tan definidos que tenía, esa camiseta había dejado entrever que tenía un cuerpo muy currado, debía haber hecho mucho deporte en Noruega.

A mitad de la mañana corté un poco de queso y puse unas lonchas de jamón con picos en un plato, salí para fuera, le dije que viniese a tomar un refresco, sonrío diciendo que no se quería distraer mucho, que quería dejar todos los filos bien cortados y medir para intentar

hacer unas cosas. Me hizo gracia ver lo concentrado que estaba en su trabajo y lo bien que estaba dejando todo, era muy delicado y todo lo que se encontraba mal puesto lo colocaba perfecto, incluso por los cristales vi cómo había cogido un destornillador y estaba apretando unos faroles de la pared y luego les pasaba un pañito.

— Está delicioso el queso.

— Es uno de los pocos que como, está perfectamente curado y el paladar es inigualable.

— Tienes muy buen gusto, pero he observado que tienes muy buena mano con el interior, pero el exterior lo tienes muy desaprovechado.

— Tienes razón, siempre pensé que le hacía falta un cambio radical.

— Pues se lo vamos a dar, verás lo bonito que queda, vamos a inspirarnos en Holanda, ¿te parece?

— Perfecto, me fío de ti.

— No te arrepentirás, verás el cambio que vamos a dar a esto.

Bueno sigo trabajando que esto hay que dejarlo listo.

— Vale, yo me voy a poner a preparar la comida, verás qué bueno lo que te voy a hacer, en el fondo llevo una gran cocinera —dije muerta de risa.

— No lo dudo, pero no quiero ser un gasto para ti.

— Por favor, Cristian, no digas más tonterías, encima de todo me vas a hacer compañía, es un placer que comas conmigo.

— Bueno, por hoy acepto, pero ya hablaremos sobre ello —me guiñó el ojo mientras se iba para su lugar de trabajo.

Me metí hacia dentro y empecé a preparar huevos a la flamenca, era una comida que me encantaba y sabía que a él también le iba a gustar.

Antes de las 2 de la tarde lo avisé para que fuese parando ya que íbamos a comer, me pidió por favor que le diese diez minutos, le había dado un cambio al césped impresionante y se notaba muchísimo la mano que tenía y con la delicadeza que lo hacía.

Disfrutó de la comida como un enano y no paraba de decirme que hacía muchísimo tiempo que no comía algo tan delicioso, nos reímos mucho, se le notaba feliz y mucho más relajado.

Después de comer y de tomarnos un café relajados en el salón, Cristian quiso ponerse de nuevo con el jardín pero le pedí que no, que me iba a sentir mal y que descansara hasta que nos fuéramos. Me costó un poco de trabajo convencerlo pero finalmente aceptó, así que se acercó a la librería que yo le había mostrado cuando le enseñé la casa, cogió un libro y se sentó en el sofá que estaba frente al mío.

Sonreí al ver cómo se concentraba en la

lectura y me dispuse a terminar algunas cosas que tenía atrasadas con la novela que estaba escribiendo en esos momentos.

De vez en cuando lo miraba, a veces casi sin darme cuenta y volvía a sonreír al verlo allí, cómodo.

Llegamos al polígono comercial y aparcamos justo delante de una enorme nave, un poco apartada de las demás, que servía de invernadero.

— ¿En qué puedo ayudarles?

—preguntó un chico de mediana edad cuando nos vio entrar.

Le hice señas a Cristian, dejándole claro que ponía el tema en sus manos ya que yo no tenía mucha idea y, además, confiaba en él. Me lo agradeció con una sonrisa, pero con algo de asombro.

— Pues verá —comenzó—, lo cierto es que tengo exactamente en mi cabeza qué es lo que nos queremos llevar —dijo hablando de los dos—, así que será fácil.

El chico lo miró con humor, acostumbrado a atender a gente con las ideas claras, o eso supuse.

Una hora después estábamos cargando

todo en el coche: desde cactus, flores de las cuales ni recordaba los nombres, abono... En un principio me pareció un poco exagerado pero bueno, yo le había dado el voto de confianza y ya estaba deseando ver todo eso colocado en mi casa.

A la salida del polígono encontramos los palets que necesitábamos y los metimos en el coche, iba a rebosar.

Llegamos a mi casa y lo colocamos todo en una esquina del jardín para que no estorbara y Cristian me volvió a repetir que comenzaría al día siguiente, aunque yo sabía que si por él fuera, hubiera comenzado en ese mismo momento.

A regañadientes se tomó una Coca Cola

fría y picoteamos algo antes de montarnos de nuevo en el coche para llevarlo a su casa.

— Estoy deseando ver el jardín terminado, si con lo que has hecho hoy ya parece otro, no quiero imaginarme cuando esté preparado del todo —le dije mientras conducía.

— Espero que te guste, es lo mínimo que puedo hacer para agradecerte...

— Cristian, deja de decir eso, por favor, me voy a empezar a sentir mal. Y te repito que no tienes nada que

agradecerme, así que no tienes por qué hacerlo.

— Bueno, en eso no estamos de acuerdo —dijo riendo.

— Cuando lo termines, seré yo quien tenga que agradecerte a ti.

Lo dejé en su casa y quedamos para la mañana siguiente.

No había ni terminado de sentarme en el sofá después de tomar una ducha cuando el móvil sonó.

— Vaya, hasta que te dignas a

contestarme —dijo Lucía antes de dejarme siquiera saludar.

— Hola, Lucía.

— Te he llamado como 10 veces —dijo enfadada.

— Oh, pues no me he dado cuenta —dije extrañada al no haber escuchado las llamadas. — Estuve de compras y...

— ¡¿De compras?! —me interrumpió.

— Sí, Cristian...

— ¡¿Cristian?! —chilló de nuevo y yo gemí al darme cuenta de que había hablado más de la cuenta, ahora me tocará explicarle todo.

— Es mi nuevo jardinero —dije como si fuera lo más normal del mundo, que por otro lado no tenía por qué no serlo.

— Sofía, no sé qué me estás ocultando, pero ya puedes ir dándole a la lengua.

— Está bien —suspiré—, Cristian es un chico que conocí, pide, o mejor dicho pedía, en la calle. Me sentí mal al verlo allí y le compré algo para comer.

— Tú siempre tan caritativa.

— Y bueno —la ignoré—, lo invité a un café y al día siguiente decidí que como yo necesitaba un jardinero y él ayuda, pues ya está.

— Claro que sí, lo más normal del

mundo es ayudar a un indigente todos los días cual Madre Teresa de Calcuta —dijo irónica—. Pero bueno, eres tú, no sé para qué me sorprendo. ¡¿Y metes a un desconocido así en tu casa, estando sola?! ¡¿Estás loca?! —volvió a chillar, realmente mi amiga era la persona más dramática del mundo aunque yo sabía que en el fondo tenía razón.

— Es un buen tipo, no seas tan desconfiada.

— ¿Está contigo?

Le expliqué que no y que al día siguiente volvería y eso la puso más nerviosa. Así que después de pedirle decenas de veces que no se preocupara y que confiara en mí, conseguí terminar la llamada, nos sin antes decirme que nos veríamos al día siguiente.

Me tomé una pastilla porque la cabeza había empezado a dolerme y me acosté, no sin antes darle mil vueltas a la cabeza y preguntarme qué era lo que me estaba pasando. No era experta en el tema, pero tampoco tonta y lo que estaba empezando a sentir por Cristian empezaba a asustarme, sobre todo porque casi no lo conocía.

Capítulo 4

Eran las 9 ya estaba en el porche café en mano, estaba revisando las redes sociales a través de la tablet, un rato después ya estaba sonando el timbre de la puerta, pulsé el mando a distancia para que abriese un poco, ahí estaba Christian con la mejor de sus sonrisas. Me levanté para preparar su café y traer varias tostadas, venía muy feliz, sacó un pequeño cuaderno de dentro de la

chaqueta y me enseñó todos los croquis que había hecho para hacer el leñero y para que al lado se pudiese hacer un escobero para meter los cubos y escobas, además de productos de limpieza, además quedaba justo enfrente de la puerta exterior de la cocina.

Le escuchaba atenta mientras disfrutaba de ese café junto a su compañía, cada momento que pasaba a su lado comprendía que era toda una sorpresa la mente tan maravillosa que tenía.

— ¿Ves? Quedaría genial ahí justo en la entrada de ese pasillo que da a la parte de atrás, se vería más estético. Quedaría como un rectángulo desde

la parte de arriba del muro hasta abajo y justo al lado otro con la mitad de capacidad para poner los productos de limpieza.

— Sí, va a quedar precioso.

— Eso es fácil de hacer, va a quedar listo en breve, deberías ir pensando en que te trajesen un porte de leña, quedará genial todo colocado en la leñera.

— Claro, tengo el teléfono de una empresa de aquí cerca, ahora los llamo, seguramente esta misma tarde me lo traigan.

— Para entonces ya estará acabado.

— Tranquilo, no hay prisa, tómatelo con calma.

— Es un trabajo sencillo.

— Imagino que es porque lo has hecho muchas más veces.

— Claro, a mi padre le encantaba trabajar el palet.

Me encantaba verlo tan ilusionado, era increíble que en tan poco tiempo pudiera cambiarle tanto el semblante a una persona, estaba muy concentrado preparando el trabajo. Tras el desayuno se levantó y se puso manos a la obra, yo me metía hacia dentro y me puse a apuntar ideas sobre la novela en la que estaba sumergida escribiendo.

Cristian me había devuelto una parte muy dormida que había dentro de mí, pero en el fondo algo me echaba para atrás, estaba asustada por la velocidad que estaban cogiendo mis sentimientos,

quise quitármelo de la cabeza, era imposible concentrarme, mi mente estaba junto a él.

Me fui hacia la cocina para preparar un poco de pasta para el mediodía, quería que probase los espaguetis con gambas al ajillo, me salían deliciosos, estaba convencida de que a él también le gustarían.

Me hacía gracia escuchar la sierra, el ruido del motor me recordaba cuando mis padres hacían obras en la casa, me alegraba saber que iba a dar un cambio al exterior de la mía, los cambios siempre llenan de energía positiva nuestras vidas.

Era media mañana y ya estaba casi

montado el leñero, salí hacia fuera con un plato con unas patatas fritas, además de llevar dos botellines de cerveza.

Estaba emocionado enseñándome cómo le estaba quedando todo, se tomó la cerveza sin dejar de hacer nada, cada vez que lo miraba más me gustaba, su forma de hablar y su mirada eran tan especiales que hacían que flotara por encima del suelo.

Un rato después ya estaba sacando yo la comida para comer en el porche junto a él, cuando lo probó le salió una preciosa sonrisa y me guiñó el ojo antes de decirme que estaba realmente delicioso que era una de las mejores pastas que había probado en su vida.

Después de comer hice como el día anterior, no lo dejé ponerse a trabajar, tenía que descansar, así que hizo lo mismo: coger un libro y acomodarse en el sofá para leerlo. Se había dado una ducha para vestirse con la ropa normal que llevaba y quitarse una muy desgastada que usó para trabajar.

Levanté la pantalla del ordenador un rato después y vi cómo se había quedado dormido, me gustó verlo así, de nuevo, tan cómodo en mi casa y ese pensamiento me asustó un poco.

Tras la merienda y unas risas, lo llevé a su casa y volvimos a quedar para el día siguiente.

Y eso se convirtió en una rutina los

siguientes días. Pasábamos todo el día juntos y la complicidad entre nosotros cada vez era mayor, sobre todo mucha confianza, pero empezaba a pasarlo mal por las noches porque, aunque estaba acostumbrada y además adoraba la soledad, en el momento en que volvía a casa después de dejarlo en la suya, empezaba a echarlo de menos.

Intentaba escribir, tomaba baños largos, ponía películas, pero nada, era como si algo me faltara y eso, más que enfadarme, me estaba asustando en esos momentos porque los sentimientos que tenía por Cristian se me estaban yendo de las manos y yo sabía que no iba a poder controlarlos.

La semana siguiente estábamos tomando un refresco en el porche a media tarde cuando le pedí que descansara un poco, ese día no había conseguido que se sentara conmigo en el salón porque estaba deseoso de acabar el escobero, cuando el pito de un coche sonó fuera. Me mordí el labio para no soltar cuatro barbaridades porque sabía exactamente quién venía de visita.

Le di al botón y las puertas se abrieron, entrando el coche de Lucía, quien aparcó como siempre lo hacía.

La había ignorado todos los días anteriores, diciéndole que tenía mucho trabajo y poniendo excusas para que no

se acercara por la casa, pero sabía que en cualquier momento lo haría.

Se bajó del coche con una sonrisa de oreja a oreja, miró a Cristian y después me miró a mí.

— Ya veo que estás viva —me dio un beso en la mejilla y se sentó al lado de Cristian—. Imagino que tú eres Cristian, ¿verdad? Encantada de conocerte —le dio dos besos y él se rio mientras meneaba la cabeza por el descaro de mi amiga. Le pedí disculpas con la mirada y negó con la cabeza, diciéndome sin palabras que no las necesitaba.

— Encantado de conocerte, Sofía me ha hablado mucho de ti.

— Espero que cosas buenas.

— En realidad le dije que estuviste en la cárcel y todo eso pero no te preocupes, no se asustó —dije muy seria hasta que comencé a reírme al ver su cara de espanto —. Es broma.

Me levanté, le pregunté si quería un refresco y fui a buscárselo. Cuando llegué ya estaba contándole todos los problemas con su jefe a Cristian y el pobre tenía la expresión de

preocupación mientras, imagino, intentaba seguirle la conversación.

— Creo que ya perdí demasiado tiempo —Cristian se levantó—. Será mejor que vuelva con lo mío o no terminaré todo lo que quiero hacer hoy.

-

Le guiñé el ojo, entendiendo que quería marcharse y lo miré mientras se acercaba al escobero que ya estaba casi terminado.

— ¿Este es el vagabundo? —preguntó mi amiga en un susurro.

— Se llama Cristian.

— Como lo quieras llamar. Ahora entiendo por qué estabas tan celosa de él.

— Yo no estaba celosa —dije con las cejas fruncidas.

— Celosa de que nadie lo viera —lo miró y le dio un repaso de arriba a abajo—. Joder, Sofía, tienes buen gusto —resopló.

— Deja de decir idioteces. ¿Qué tal el

trabajo?

— Como siempre —suspiró esta vez—. Esta vez estoy pensando en dejarlo de verdad, tengo dinero ahorrado para poder vivir unos meses hasta que encuentre otro y esto ya me tiene demasiado mal.

— Eso lo has dicho como mil veces.

— Lo sé, pero esta vez es en serio, estoy cansada.

— Pues hazlo, Lucía, a ver si empiezas a tomar las riendas de tu

vida sin el idiota de tu jefe.

— Mmmm... ¿Y tú?

— ¿Yo qué? —cogí mi lata para beber.

— He visto cómo lo miras, ¿te has enamorado?

No pude ni contestar, casi me ahogo con el refresco. Limpié el estropicio con una servilleta y miré malamente a Lucía.

— La escritora de novela romántica

soy yo, no inventes —dije cuando pude hablar.

— El tiempo lo dirá, Sofía, o a lo mejor ni siquiera te has dado cuenta, pero lo harás.

Ignoré el comentario y me llevé la conversación a terreno seguro aunque la curiosidad de si tendría mi amiga razón o no, se me quedó dentro.

Cuando Lucía se fue, llevé a Cristian y quedamos para el día siguiente, pero esa noche me costó conciliar el sueño, las palabras de mi amiga me dieron qué pensar y, aunque sabía que estaba

sintiendo cosas por Cristian, prefería no darle muchas vueltas. Pero hasta ella se había dado cuenta, ¿significaba eso que él también había notado algo?

Es que la ropa nueva que se había comprado le sentaba...

Cerré los ojos y gemí, mortificada, me estaba muriendo de la vergüenza de solo pensarlo.

Los días siguientes le huí un poco, o al menos lo intenté, él notaba que yo estaba algo más seria, incluso me preguntó qué me pasaba pero yo le contestaba que tenía mucho que escribir y que la salida de la nueva novela me tenía demasiado nerviosa.

Estaba apagando el ordenador cuando lo escuché llamarme desde el jardín. Cuando me acerqué a la puerta de entrada, lo encontré allí, había venido a buscarme.

— Cierra los ojos —me dijo mientras los tapaba con una de sus manos y me hacía girarme, ayudándome a salir.

— ¿Qué haces? —pregunté riéndome nerviosa.

— Quiero que sea una sorpresa.
Bueno, aunque lo has visto mientras lo

hacía, pero me hace ilusión.

— Vale.

— ¿Preparada? —preguntó cuando dejamos de andar.

— Sí —dije entre risas.

Quitó la mano y cuando abrí los ojos me quedé con la boca abierta. El escobero estaba abierto y pude verlo completamente terminado, aparte de cómo todo el césped de alrededor había quedado perfecto. El jardín había dado un cambio impresionante en unas horas.

Me giré y casi me tiré encima de él mientras le daba un abrazo. Me agarró por la cintura y se rio.

— Me encanta... —suspiré cuando me separé un poco de él.

— Me alegra que te guste, pero aún no está acabado —sonrió tímidamente.

— Sabía que me ibas a impresionar. ¡Es precioso! —me acerqué a él, que aún me tenía agarrada por la cintura y le di un beso en la mejilla.

Al mirarlo a la cara me puse colorada,

yo no solía ser tan efusiva pero la sorpresa me había encantado. Carraspeó un poco y apretó el agarre en mi cintura mientras entreabría la boca y yo estaba deseando que me besara.

— Será mejor que vaya adentro —dije tímidamente cuando los segundos pasaron.

— Sí, claro, y yo será mejor que me vaya.

— Espera, voy por las llaves del coche.

— No, no es nec...

— Te llevo y no hay más que hablar.

Llegué a casa después de haber ido los dos en un completo silencio en el coche y me metí directamente en la ducha, deseando que el agua caliente me aclarara un poco las ideas porque ese acercamiento con Cristian me había excitado demasiado. Las cosas ya estaban por completo fuera de control.

La rutina entre nosotros se había instalado rápidamente, y desde el día del casi beso, ambos estábamos

extraños, sobre todo pendientes a cualquier roce entre nosotros.

Una de las tardes quedé con Lucía para acompañarla de compras, como le había prometido y ese día no vi a Cristian, lo que me tuvo con un humor muy irritable. Cuando llegué a casa no pude dormir, no ver a Cristian me afectaba y tenía que pensar en buscar una solución pronto.

Intenté escribir, limpiar, cantar... nada evadía mi mente de los sentimientos que ese hombre provocaba en mí. Por una parte lo quería lejos y por otra lo quería cerca. Pero tenía que ser objetiva, su situación no era fácil y yo tenía que ayudarlo de alguna manera.

Quizás...

Me puse a dar vueltas por el salón, pensando en la idea que se me había ocurrido.

¿Y si le ofrecía quedarse a vivir temporalmente en la habitación que yo tenía fuera? Así podría ahorrar y...

Sonreí y me senté, contenta esta vez, deseando que me dijera que sí.

Capítulo 5

Estaba ilusionada esa mañana ya que le iba a decir a Cristian que se viniese a vivir conmigo una temporada hasta que

su vida consiguiese estabilizarse, no quería verlo viviendo de ocupa sin tener las cosas principales que nos hacían falta para el día a día y más que nunca se avecinaba un invierno y la casa en la que vivía no tenía las condiciones para pasarlo, ni siquiera agua caliente para ducharse.

Antes de que llamase a la puerta ya tenía el desayuno yo preparado en la mesa del porche que tanto nos gustaba, sonó el timbre y le di al mando para que se abriese la puerta, por su forma de entrar me dio la impresión que quería decirme algo nuevo.

— ¿Todo bien? —pregunté mientras

nos sentábamos a la mesa de la cocina.

— Tengo algo que contarte.

— Me estás preocupando —dije al verlo tan serio.

— Sofía, he recibido una llamada de Oslo, ayer también me llamaron pero no me dio tiempo a cogerla y no pude devolverla ya que no tenía saldo en el móvil, pero hoy volvieron a llamarme. Era la agencia que estaba tramitando la finca de las afueras de Oslo de mis padres que queda en herencia para mí, llevaba un tiempo intentando venderla

ya que yo no podía mantenerla, ahora tienen un comprador y quieren firmar dentro de 3 días.

— Pero eso es perfecto —dije emocionada, sabía que significaría mucho para él.

— Sí, eso podrá resolverme bastante la vida, la agencia se ha encargado de comprar mi billete de avión... Debo ir —dijo tras unos segundos en silencio.

— Claro, lo entiendo —le dije aunque estaba poniéndome triste pensando en que se iría.

— Prometo volver a terminar de hacer todo lo que te dije en tu jardín, es más, creo que me quedaré a vivir por aquí ya que hay y nada me queda y este clima es más favorable, además te debo unas cuantas de comidas y unas cenas.

— No te preocupes ahora por eso, tienes algo importante que solucionar.

— Sí, ha sido una sorpresa —sonrió por primera vez.

Me alegraba muchísimo porque se le hubiese solucionado ese problema y que

ya pudiera tener dinero para afrontar la vida de mejor manera, pero se me había encogido el corazón al saber que se iba, ni siquiera sabía cuándo volvería, tuve que tragar saliva antes de poder contestar.

— No sabes cuánto me alegro, no te imaginas lo feliz que me hace que por fin vayas a tener una buena recompensa en la vida —aunque la sensación de desconsuelo que estaba comenzando a embargarme era enorme.

— Esa casa ha sido un quebradero de cabeza, ya que cuando la recibí de

herencia tenía que pagar unas taxas y yo no disponía de tanto dinero, así que la agencia se encargó de todo. Al final tuve que recurrir a esta agencia, que se encargaron de pagarlo con la condición de que yo no podría disfrutarla y sería exclusivamente para venderla, ellos se quedarían un 25% de la operación una vez realizada la compra – venta

— Es mucho porcentaje.

— Sí, la casa tiene un buen valor, pero al encontrarse a las afueras de la ciudad, era más difícil encontrar un comprador adecuado, pensé que iban a

tardar mucho más, por eso casi me olvidé de esa idea, pero ahora parece ser que la vida me quiere dar una alegría, estaba tocando fondo cuando tú me devolviste la felicidad pero me sigue haciendo falta algo para sentirme más autosuficiente, esto me ayudará a por lo menos poder vivir decentemente.

Las lágrimas empezaron a brotar por mis mejillas y me levanté y fui hacia él para darle un gran abrazo, en el fondo se merecía que la vida empezara a sonreírle, sentí cómo me apretaba y correspondía a ese abrazo de todo corazón.

— Sofia, no te hagas ilusiones, en breve vengo a pagar todas las promesas que te hice, ahora me toca a mí pagar —dijo guiñando el ojo.

— Aquí te estaré esperando ¿cuándo te vas? —pregunté mientras recordaba que en esos momentos era yo la que le debía de estar pidiendo que se quedase a vivir conmigo y sin embargo me encontraba con la noticia de que se iba.

— Me voy mañana, hay que preparar documentación antes y después de la

firma estar allí para hacer las liquidaciones.

— Cristian me gustaría pedirte algo....

— Lo que quieras, dime.

— Vamos ahora a recoger tus cosas y vente para acá, quédate conmigo hasta mañana y te acercaré al aeropuerto.

— No quiero ser molestia, Sofía, lo del aeropuerto no te preocupes que iba a coger un tren de aquí a Sevilla y

hay un autobús hasta el aeropuerto, tengo algo de dinero ahorrado de los días que he estado aquí.

— No eres una molestia, además te pienso acompañar al aeropuerto, solo que quiero pasar el último día junto a ti, además de que no quiero que lo pases sólo.

— ¡Está bien!, gracias por todo, Sofía, muchas gracias, sin ti hubiese pasado los días más tristes de mi vida.

— Yo también, me has hecho una

compañía preciosa, me has enseñado lo que vale una persona esté en la circunstancia o situación que esté, te voy a echar mucho de menos —dije mientras comenzaba a llorar y se vino hacia mí para darme un abrazo

— No llores, volveré, no dudes eso nunca, tengo una deuda de corazón contigo...

— No me debes nada, Cristian, no me debes nada —dije como un nudo en la garganta.

Cuando terminamos de desayunar fuimos a su casa en mi coche a recoger todas sus cosas, antes entró a casa del vecino a despedirse, ese hombre que tantos cables le había echado durante ese tiempo.

Antes de volver a casa fui hacia el mercado del pueblo para comprar un poco de pescado y hacerlo frito al mediodía, estaba muy callada, tenía el corazón encogido, estaba feliz por él pero en el fondo me estaban arrancando el alma, solo la idea de pensar que no lo iba a ver en algún tiempo me mataba lentamente.

Cuando llegamos a casa él se quedó en el jardín colocando todas las macetas de

diferente manera para que se viese desde otro punto de vista, no paraba de decir que cambiar las cosas daba un aire nuevo al hogar y mejores vibraciones.

Durante la comida nos bebimos una botella de vino blanco, los dos estábamos un poco achispados y no parábamos de hablar, sobre todo él que comenzaba a contarme todas las etapas de su infancia y juventud en Noruega, incluso me contó la historia con una pareja que tuvo durante 4 años, al final ella le hizo mucho daño marchándose con otra persona.

La tarde la pasamos en el salón y encendimos la chimenea por primera vez durante este otoño, no hacía

especialmente frío pero se apetecía bastante y así podríamos estar cómodamente con ropa más ligera como si fuese verano, además que el fuego traía un rollito especial.

Christian era todo lo que yo quería, me daba cuenta por minutos, no concedía la idea de que al día siguiente se iba a marchar, cada vez que lo recordaba me embargaba la pena.

Esta tarde nos hartamos de cafés además de comer muchas porquerías que yo iba pillando por la cocina y él me decía que íbamos a reventar, en el fondo necesitaba mucho azúcar para el cuerpo para poder digerir los días tan tristes y solitarios que me quedaban, ya podía

sentir el dolor que me quedaba por vivir durante un tiempo.

Esa noche cenamos una sopa y poco más ya que estábamos muy hartos de todo lo que habíamos comido, nos pusimos cada uno en un sofá tirados para ver una película frente a la chimenea, después de verla nos pusimos a charlar hasta que caímos rendidos, dormimos en el salón cada uno en su sofá, justo donde habíamos caído croquis después de charlar y charlar.

Di varias vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, solo tenía ganas de llorar. No quería levantarme y que Cristian me viera, así que cogí el móvil y le mandé un WhatsApp a Lucía.

“¿Estás despierta?”

Contestó rápidamente.

“Sí, ¿estás bien?”

Le respondí.

“No, ¿puedo llamarte?”

En ese momento sonó el móvil y cogí la llamada.

— Dime, ¿qué te pasa?

— Cristian se va.

— ¿Se va? No entiendo.

Le expliqué todo tal como Cristian me lo había contado a mí.

— Bueno, pero volverá, ¿dónde está el problema?

— No sé, Sofía, pero me he acostumbrado a él.

— Eso ya lo sabía, solo hay que ver cómo lo miras y cómo hablas de él. Te enamoraste, ¿no?

— No —negué—, solo me habitué a tenerlo cerca.

— Mmm... Ok, si tú lo dices. Intenta dormir y dejar de pensar, mañana te llamo y charlamos un rato. Pero no te agobies, él volverá.

— Espero que tengas razón.

— Ay, loca, te enamoraste...

— Te quiero —le dije emocionada y con la esperanza de cortar el tema.

— Y yo a ti, loca. Venga, a dormir.

Le quité el sonido al móvil y me tapé hasta la cabeza con la almohada a ver si así podía dejar que la tristeza siguiera apoderándose de mí. Eso y olvidar lo que Lucía me había dicho: ¿me había enamorado?

Sí, lo había hecho...

Cuando me levanté por la mañana ya tenía puesto todo el desayuno sobre la mesa y me estaba diciendo que arriba,

me puse las manos en la cara, no podía creermelo que en un rato estaría dejándolo en el aeropuerto y despidiéndome de él, así que pese a mi corte me fui hacia él le dio un gran abrazo y le dije que lo iba a echar mucho de menos.

Tras el desayuno nos duchamos y salimos directos para Sevilla, durante el camino él no paraba de recordarme que volvería, yo le decía que ojalá fuese pronto y que si quería pasar una estancia en mi casa, sin problemas de tiempo, podía hacerlo ya que lo recibiría con los brazos abiertos. Me decía de nuevo que no quería ser un estorbo y que ya volvería en otra situación y podría pagarse un hotel, lo miré de forma

asesina diciéndole que ni él se lo creía, que no había mejor hotel que mi casa, le hizo mucha gracia y me dijo que por supuesto, que me lo había buscado, que pronto vendría a tirarse unas vacaciones en mi casa, la verdad que me dieron ganas de decirle que por mí se podía quedar conmigo toda la vida, pero era evidente que no sería capaz de decirle eso por mucho que lo estuviese deseando.

Llegamos al aeropuerto a lo justo ya que habíamos cogido un gran atasco debido a un accidente, facturó rápidamente la maleta y lo acompañé hasta pasar el control de seguridad para ir hacia la puerta de embarque, justo delante de la

policía nos fundimos en un gran abrazo y él no paraba de darme las gracias y decir que jamás tendría vida para agradecerme todo lo que había hecho por él, lo vi alejarse mientras yo me quedaba con el corazón partido.

La vuelta hacia Cádiz fue angustiosa, tenía una presión en el pecho muy grande y no dejaba de llorar ya que estaba que no tenía consuelo por ninguna parte.

Justo antes de irse le entregué un sobre y le dije que por favor lo leyese cuando estuviese en el avión montado contenía 200 € y el siguiente mensaje:

“Sé que cuando veas el dinero te vas a enfadar ya que no lo hubieses consentido coger por nada del mundo, lo primero que quiero que hagas es que cargues el móvil para que tengas llamada e Internet, que me digas que has llegado bien y que me vayas contando que tu vida se ha solucionado por fin, además tienes que estar 2 días allí y te pueda hacer falta para comer o moverte, quizás incluso para dormir. Sé que por tu condición eres capaz de quedarte en la calle, sin comer hasta el día de la firma y todo con tal de no habérmelo dicho.

No quiero que lo veas como un regalo,

me lo puedes devolver cuando vengas si así estás más cómodo, quiero que sepas que me has enseñado muchas cosas, sobre todo a quererte, eres de esas personas que siempre se quedarán grabada en mi corazón y que me tendrás cuando quieras.

Te voy a echar mucho de menos, ojalá vuelvas pronto.

Sofía.”

Llegué a mi casa y comprobé que todo iba a ser muy triste, me tiré boca arriba en el sofá y me propuse intentar pasar esos días de la mejor manera posible y

sobre todo dedicarla a escribir la novela que tanto me estaba costando terminar desde que apareció en mi vida Cristian.

Pasé la tarde muy triste, casi apenas comí, no podía ni levantarme del sofá, no dejaba de llorar, no me acostumbraba a la idea de saber que no iba a estar en esos días con él y quizás en muchos otros, en ese momento recibí un mensaje de WhatsApp.

“Gracias de nuevo, otra razón más para volver a España, eres mi ángel de la guarda, ya te echo de menos.”

No podía creerme que me estaba

diciendo eso, casi me puse a temblar antes de poder contestar.

“Me alegra mucho saber de ti, cuéntame un poco de cómo ha sido tu llegada.”

Esperé atenta a su respuesta.

“Me han puesto un alojamiento cerca de la notaría y se ha hecho cargo la agencia, he quedado mañana por la mañana con ellos para arreglar lo último para poder firmar al día siguiente, ahora he bajado a comprar un sándwich y un refresco, me lo

están preparando y subo para quedarme ahí relajado, esta noche empezaré la otra novela que me has regalado. “

“Yo me he tomado el día de relax y estoy reboleada en el sofá, me alegra mucho que ya estés instalado, al final vas a terminar poniéndote al día con todos mis libros.”

“Bueno, déjame contarte un secreto, te has convertido en una de mis escritoras favoritas...”

“Exagerado, eso lo dices para que me

sienta bien.”

“Para nada, tienes algo especial a la hora de dejar plasmada tus historias, ya he subido a la casa y me estoy comiendo el sándwich, te vuelvo a repetir, y no lo digo en broma, que te echo mucho de menos.”

Otra vez las lágrimas empezaron a brotar por mis mejillas.

“Yo también te echo mucho de menos, como no vengas pronto iré yo a por ti.”

“No creo que hicieses eso, no valgo

tanto como para que tuvieses que perder el tiempo de esa manera.”

“Vales para perder todo el tiempo de mi vida, tienes que empezar a valorarte más, tu humildad y forma de ser te hace muy grande.”

“Sofía, todo eso eres tú, recuerda que solo tú eres la persona que se ha encargado de alumbrar mi vida.”

“Eso no tiene mérito, seguro que si hubiese sido al contrario, tú también lo hubieses hecho conmigo.”

“Por ti ahora mismo daría la vida.”

“Cristian, cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme y comentarme, puedes contar conmigo para todo, no te dé vergüenza ni apuro hacerlo, por favor te lo pido.”

“Lo mismo te digo, en dos días lo que necesites puedes contar conmigo, volveré a ser medio persona.”

“Te repito que eres una gran persona.”

“Eso es con los ojos que tú me miras,

preciosa.”

“Bueno, cariño, espero que descanses y sobre todo que tengas mucha suerte y salga todo perfectamente.”

“No te preocupes que te mantendré informada de todo, descansa y sobre todo no me olvides.”

“No podría hacerlo, buenas noches.”

No podía dejar de llorar, me daban ganas de coger las cosas e irme para Oslo, se me estaba pasando un montón de cosas por la cabeza así que decidí

relajarme y acostarme a dormir.

Releí los mensajes varias veces, un poco emocionada pero también asustada. Si alguien leía eso, podía pensar que éramos más que amigos, y la verdad era que entre nosotros no había ocurrido nunca nada, pero era tan natural ser así con él últimamente...

Cerré los ojos sin poder parar de llorar, me sentía destrozada.

Capítulo 6

Me desperté con un dolor de cabeza impresionante, era incapaz de verme con fuerza para coger la nueva rutina en solitario como siempre había sido, pero ahora faltaba un hueco muy importante en mi vida y era incapaz de sustituirlo con nada y mi mente no tenía la eficiencia con la que trabajaba habitualmente, estaba hecha un desastre, no tenía fuerzas ni para levantarme de la cama, aunque el desear un café me hizo

que por fin me levantase, así que me lo preparé y me salí al porche a tomármelo.

En el momento de sentarme recibí un WhatsApp de Cristian.

“Buenos días, señorita, me levanté acordándome de tu porche y los desayunos que nos hemos dado en él.”

Me hice un selfie con el móvil y el café en la mano, se lo envíe directamente.

“Aquí estoy, en estos momentos me acordaba de esos desayunos contigo en este rincón.”

“No me des más envidia, pronto volveré para disfrutar de esos café en ese porche a tu lado. Te mando un fuerte beso, ya tengo la cita para el papeleo.”

“Otro para ti, suerte.”

Pues nada de nuevo a llorar y llorar, ¿qué me estaba pasando? ¿De verdad estaba enamorada? Estaba temblando de los nervios, tenía claro que debía de salir a la calle a comprar el pan e incluso a dar una vuelta por alguna tienda para que se me pasase un poco el

agobio y la depresión que tenía en lo alto en ese momento.

Me fui hacia la ducha para cambiar el chip, me arreglé un poco y salí a la calle en el coche directa para el centro comercial de Bahía Sur, me apetecía dar una vuelta y ver ropa para que se me pasase un poquito el agobio, además me hacía falta renovar alguna cazadora y ropa de abrigo.

En ese momento sonó el móvil y lo saqué del bolso rápidamente, sin darme tiempo a pensar que Cristian no haría una llamada, si no que me mandaría un mensaje, de todas formas el corazón me iba a mil.

Terminé de hablar con mi padre y le

prometí ir a visitarlo más tarde, quizás un rato con él me vendría bien.

Me pasé toda la mañana metida en las tiendas y comprando como una loca, no dejaba de mirar el móvil por si recibía algún mensaje de él pero por lo visto debería de estar muy liado que no me envió ninguno.

A la hora del almuerzo me fui hacia un McDonald que había ahí y me tomé un menú, mientras comía recibir por fin un mensaje de Christian.

“Ya hemos dejado listo todo para mañana, si Dios quiere entonces podré

empezar a decidir qué hacer con mi vida, aún no me lo creo, tampoco quiero hacer planes aún hasta que todo esté asegurado y firmado.”

“Cuánto me alegro, yo en tu lugar y lo primero que haría sería volver a España que aquí me tienes a mí para lo que necesites y allí ya no hay nada que te ate, además que te echo mucho de menos y el césped no para de preguntar por ti, jajaja.”

“Iré antes de lo que imaginas, pero antes quiero dejar algunas cosas resueltas aquí, te voy a contar un secreto y no se lo digas a nadie..... me

cuesta mucho trabajo asimilar que no estás a mi lado... yo también te echo de menos, muchísimo de menos.”

“Te doy una semana para que vengas, si no voy yo a por ti...”

Después de enviar el mensaje, me entró un ataque de risa de como se lo había dicho.

“No sé si me dará tiempo a estar allí en una semana, en principio el hotel está pagado para 5 días más, pero no sé cuánto tardaré en resolver todo, creo que no me va a dar tiempo, pero

no me importaría verte aparecer por aquí, es más, me daría mucha alegría...”

Empezó a pasarme por la cabeza la maravillosa idea de coger un avión y aparecer en Oslo, pero en el fondo no sabía si él lo necesitaba o solo me lo decía para seguirme el rollo, pero se me pasaba mucho por la mente coger ahora mismo un avión y tirar para allí.

“No me pongas a prueba, Cristian. Jejeje.”

“No eres capaz... No te veo con ganas

de que un noruego te enseñe esta ciudad.”

Sin dudas me estaba provocando a que lo hiciese.

“Te lo estás buscando, ¿cómo dices que se llama tu hotel?”

“El gran imperial de Oslo.... ¿Has anotado bien?”

“Perfectamente, te quedan 6 días.”

“Creo que no me va a dar tiempo, lo

digo para que no pierdas el tiempo y vayas haciendo la maleta, sobre todo ropa de nieve que está todo Noruega de blanco, pero bueno... sigo pensando que serías incapaz de venir a verme.”

Me fui rápidamente al buscador de vuelos y vi que al día siguiente había uno por la tarde desde Málaga, el precio era perfecto y sin pensarlo dos veces le di a comprar.

“La verdad es que no, no soy capaz...”

Estaba claro que no iba a decirle nada,

iba a ir directa al hotel y lo cogería de sorpresa.

Estaba haciendo todo esto una locura pero en el fondo estaba haciendo la más bonita locura que había cometido jamás, no sabía si estaba metiendo la pata hasta el fondo pero tampoco quería quedarme con las ganas de descubrir qué pasaría si apareciese por allí, si era tan sincero en lo de que me echaba de menos, para él sería una grata sorpresa, además que no podía estar ni un día más sin él.

Tras comer volví a entrar a las tiendas y empecé a comprar ropa muy abrigada, sobre todo especial para la nieve, por lo que me había dicho todo aquello debería de estar nevado, cosa que me hacía

mucha ilusión poder ver en primera persona.

Cuando terminé las compras, fui a casa de mis padres. Mi madre, como siempre no estaba así que mi padre que ya había salido del trabajo, preparó el café para ambos.

— Tu madre tiene hoy ganchillo
—explicó. La verdad era que mi madre siempre tenía alguna actividad, la creía poco, pero me encantaba que estuviese así, se le veía feliz. Y mi padre era un poco melodramático y

pedía su atención, cosa que me hacía gracia.

— Soy incapaz de recordar qué tiene cada día.

— A mí no me queda más remedio. Pero dime, hace tiempo que no hablamos, ¿todo bien?

— Sí, mañana salgo de viaje —solté normalmente, estaban acostumbrados a saber que viajaba sola para documentarme por mi trabajo.

— ¿Vacaciones o trabajo?

—No lo tengo claro, pero vacaciones más bien.

— No lo tienes claro... ¿Vas sola?

— Sí, o no —me encogí de hombros.

— Me estás poniendo nervioso.

— ¿Te acuerdas de Cristian?

— ¿El chico para el que me pediste ayuda? ¿Quién te arregló el jardín?

— Sí, pues está en Oslo porque ha recibido un dinero —hice un gesto con la mano—, ya te lo explicaré con tiempo e iré a verlo.

— Oh, entiendo.

— La verdad es que no lo entiendo ni yo —reconocí, tenía mucha confianza con mi padre, podía hablarle de cualquier cosa—, solo que lo echo de

menos.

— Ahora sí que entiendo —sonrió y sus cejas se elevaron.

— Quizás quieras explicármelo.

— No, vívelo. Solo te voy a repetir lo que siempre te digo: cuando llegué el momento, lo sabrás, sigue siempre a tu corazón.

Afirmé con la cabeza y suspiré. Cambié el tema y charlamos un poco sobre el trabajo. Un rato después me despedí de mi padre y le dije que llamaría a mi

madre más tarde a contarle y me marché a casa.

Por la noche volví a estar *whatsappeando* con Cristian, me decía que una vez que pasase lo de la firma, quería tirarse la tarde de relax y disfrutando de poder respirar por una muy buena temporada tranquilo, el pobre demasiado mal lo había pasado en España, fue duro para él tener que pedir pero el hambre le podía más.

Preparé la maleta y me acosté rápido, llamé a mi madre y mi mejor amiga y

me acosté rápido, por la mañana quería salir tranquila hacia Málaga que me llevaría unas 3 horas.

Por la mañana me levanté muy ilusionada por el viaje que me esperaba y porque me iba a volver a encontrar con Cristian, preparé la maleta con todo lo imprescindible ya que no sabía el número de días que iba a estar.

Sobre las 12 de la mañana salí hacia Málaga, 2 horas después paré a comer algo en una venta que había a pie de carretera, estaba totalmente nerviosa y Cristian me puso el primer mensaje en estos momentos mientras yo comía.

“Ya por fin me siento un hombre, la firma ha salido genial, ya tengo el dinero en el banco, tengo que ir dentro de 2 días a recoger las Escrituras y luego a pagar un impuesto municipal, solo me queda eso por hacer, pero al ser Jueves me pillaré el fin de semana por medio así que hasta el Lunes no podré hacer todo, me dedicaré a pasear y a comprar algo de ropa nueva.”

“Cuánto me alegro, estoy haciendo las maletas porque me voy el fin de semana con mi amiga a Granada, creo que me espera un precioso fin de semana...”

“Wow, pásalo genial, pero por favor no te olvides de mí y de contarme cómo te va todo en esa mágica ciudad.”

“Por supuesto que te escribiré, por cierto esta tarde tengo que hacer algo y tendré unas 4 horas apagado el móvil, si me mandas algún mensaje no te preocupes que cuando lo encienda te contesto.”

Me entró la risa tonta, evidentemente cuando estuviese en el avión no le iba a poder contestar, me hacía muchísima

ilusión verlo pero también tenía nervios por cómo reaccionaría al verme.

Pagué la cuenta en la venta y retomé el camino hacia el aeropuerto al que llegué una hora después, dejé el coche en el parking y fui directa a facturar, luego volví hacia afuera a fumarme un cigarrillo, aún faltaba una hora para que el vuelo saliese, así que hice un poco de tiempo y luego me fui a pasar el control policial para ir directa a la puerta de embarque donde rápidamente empezaron a llamar para que subiéramos a bordo, la verdad que se me había pasado la hora volando y ya estaba sentada en el sillón de ese maravilloso avión que me llevaría a volver a estar junto a Cristian

como la única persona que sería capaz de poner una sonrisa en mi cara.

El vuelo fue un tormento, se me hizo lo más largo y pesado del mundo, mira que yo estaba acostumbrada a viajar y hacer vuelos hasta de 12 horas, pero debían de ser los nervios que estaba muy inquieta y deseando aterrizar en Noruega.

A las 21 el avión ya estaba aterrizando, cuando salí del aeropuerto me impresionó ver que solo se veía limpio los trozos de carretera, lo demás era todo nieve, incluso un cenicero que había fuera para pagar las colillas estaba hecho como un helado gigante, sobre él, decenas de cigarros clavados

en el hielo.

Me fumé un cigarro observando todo en aquella asombrosa noche, frente a mí una fila de taxis, cuando acabé el cigarro me dirigí a uno de ellos y le di la dirección a la que me debería de llevar en Oslo.

Me monté en el asiento del copiloto, quería ir viendo de frente todo el camino, era una enamorada de viajar y sobre todo de disfrutar de las maravillas de lugares que hay alrededor de nuestro planeta, aunque era de noche lo poco que podía haber me parecía fascinante y estaba deseando que llegase la luz del día para observar todo de una manera más real.

Por el camino le puse un mensaje a Christian y me dijo que ya estaba en la habitación del hotel viendo la tele y relajado, eso me parecía perfecto ya que no me vería entrar.

Me dieron las llaves de la habitación, un empleado me acompañó hasta ella, entre en ella y abrir las ventanas del balcón para fumarme un cigarro y mandarle un mensaje a Cristian, me hizo gracia saber que cualquiera que me viera ahí, me tomaría por loca por las temperaturas que había y yo fumándome un cigarro, estábamos a menos 15 grados.

Le mandé un mensaje a Cristian.

“Seguramente ya estés durmiendo...”

“Casi, me gusta dormir pronto para levantarme temprano, mañana desayunaré tranquilo en una cafetería que hay aquí abajo que es como si fuese una librería, es una maravilla los desayunos que preparan en ella, mañana desayunaré como un rey, pero como siempre te echaré mucho de menos.”

Ea, ya me lo había puesto fácil, ya sabía dónde iba a desayunar, así que ya tenía el lugar perfecto para aparecer por sorpresa frente a él.

“Yo mañana también me voy a levantar temprano, cuando te vayas a tomar el café ponme un mensaje para yo tomarlo junto a ti aunque sea en la distancia.”

“Qué bonito lo que has acabado de decir, por supuesto que te avisaré.”

“Pues descansa, mañana hablamos. Un abrazo.”

“Otro para ti, princesa, que descanses.”

Me puse loca de contenta por saber que

en pocas horas volvería a estar con él, el fin de semana quería que él me enseñase todo aquello, quería disfrutar de su compañía y sobre todo de descubrir su lugar de origen, de ese modo lo empezaría a entender muchísimo mejor de lo que ya lo hacía. Llené la bañera y eché el gel que había puesto el hotel en el baño, aquello se llenó de espuma de una manera bestial, pensé que iba a salir hasta por debajo de la puerta, me metí en ella y me encendí un cigarro mientras una sonrisa volvió a aparecer en mis labios, qué cerquita tenía Cristian pero prefería esperar a por la mañana para darle la sorpresa. Tras ese plácido baño me fui para la

cama, encendí el televisor y pude comprobar que había canales internacionales en español, así que me puse a ver el Discovery Max, estaban dando un buen documental sobre alienígenas.

No me conseguía quedar dormida, varias veces salí a la terraza a fumarme un cigarro, los nervios me estaban desvelando completamente, hasta que no sé en qué momento por fin conseguí quedarme dormida.

Capítulo 7

Me desperté con el sonido del WhatsApp del móvil, lo cogí de la mesita de noche rápidamente y descubrí que era de Christian.

“Buenos días, princesa, ¿nos tomamos ese café juntos aunque sea en la distancia? Ya estoy en este precioso local que te muestra la foto.”

¡Ya estaba allí!, madre mía y yo aún en la cama, se había tirado un selfie y estaba guapísimo, me levanté rápido, me vestí y fui a peinarme.

“Buenos días en 5 minutos me estoy tomando el café contigo.”

En ese momento ya estaba cogiendo el ascensor a toda leche, entré en él y me miré en el espejo para retocar un poco la coleta que me había cogido.

Salí del hotel y me di cuenta inmediatamente que a un lado de la misma acera estaba esa librería bar, resoplé de los nervios y cogí aire antes

de dirigirme hacia él y plantarme en la puerta.

Una vez que llegue me di cuenta inmediatamente que estaba el fondo pero de espalda así que lo iba a coger totalmente de improviso, me dirigí hacia él y me puse a su espalda y me acerqué al oído y le dije.

“Ya estoy aquí para tomarme el café contigo.”

En ese momento giró el cuello y levantó la cabeza para mirarme, se quedó paralizado e inmediatamente le empezaron a brotar las lágrimas por las

mejillas, me quedé mirándolo fijamente y de repente se levantó despacio y me dio un abrazo tan fuerte que rompió a llorar con todo su corazón a la vez que me decía:

— Gracias por volver a estar a mi lado en el momento que más solo me volvía a sentir, gracias, Sofía, anoche sentí que estabas cerca de mí, soñé que podía olerte pero no tocarte, ahora comprendo que mi corazón sentía que tú estabas muy cerca, estoy seguro que llegaste anoche —decía mientras aún me tenía abrazada.

— Sí, llegué anoche, no sabes lo

tranquila que me quedo en estos momentos de saber que sí te ha hecho ilusión recibirme.

— Pues claro, Sofía, estuve a punto de pedirte que te vinieses conmigo el día que te dije que tenía que venir hacia Oslo, pero no me atreví, lo veía demasiado atrevido por mi parte.

—Ese mismo día que yo te iba a pedir otra cosa... —dije mientras me sentaba.

— Qué me ibas a pedir, Sofía —dijo mientras me agarraba la mano por

encima de la mesa

— Nada, cuando me invites luego a un buen trago para entrar en calor entonces te lo contaré —dije riendo.

— Por cierto, ¿por cuántos días vienes? —dijo mientras me miraba a los ojos con una gran sonrisa.

— No he comprado vuelo de vuelta, así que si hoy mismo te aburres de mí, lo compro y me vuelvo— dije

poniendo sonrisa irónica.

— Pues si dependes de mí, espero que te hayas traído todo el contenido de la casa acuestas ya que no permitiré que te vayas nunca...

— Bueno, eso de que no me vaya nunca... También cabe la posibilidad de que nos podamos ir los dos que aquí veo que viene un invierno duro — dije bromeando.

— No me creo que estés aquí, Sofía, no me lo creo —dijo sin soltar ni un momento esa preciosa sonrisa que

tenían sus labios.

— Yo tampoco que haya cometido esta ligera locura —seguí riendo.

— Más que ligera, preciosa locura, Sofía.

— Bueno, veremos por dónde sale —metí un mordisco a esa deliciosa tostada con mantequilla y jamón york.

— Por cierto, ¿esta noche también la tienes cogida de Hotel?

— Qué va, tengo que dejarlo dicho antes de las 12, solo cogí por internet la primera, ya que lo hice a la bulla.

— Pues entonces haz cambios de maletas que te vienes a la mía, es muy grande y tiene dos camas, prometo no hacerte nada malo —soltó una risa.

— Bueno, no tendrías valor, eres demasiado bueno, pues me trasladaré a tu habitación sin dudarlo, lo tomaré como que estoy en unas vacaciones contigo —guiñé el ojo.

— Estoy pensando que ahora cuando hagas el cambio nos vamos a ir a alquilar un coche ya que quiero enseñarte todas las afueras de esta ciudad, hay lugares muy bonitos que quiero que descubras, haremos todo el fin de semana de turismo, el lunes ya pasaremos por la ciudad ya que tengo que recoger la documentación e ir a pagar el impuesto.

— ¡Me gusta el plan!

— Pues perfecto, qué alegría que estés aquí conmigo, vaya cambio de color para el fin de semana tan aburrido que se me planteaba.

— Una vez una amiga que viene me contó que había estado en un museo de vikingos, me encantaría conocerlo si es posible.

— Perfecto, el lunes te llevaré después de lo del papeleo, eso está aquí en la ciudad de Oslo.

— Genial, me está emocionando estos planes, además me valdrá investigar por este país para hacer una novela inspirada aquí.

— ¡Quiero ser el protagonista!

— Pues haría una novela de escándalo, si meto como te conocí y como terminé aquí.... —una gran risa salió de mi boca.

— Me encantaría verla plasmada.

— Lo haré, no te quepa la menor duda.

Terminamos muertos de risa inventando qué cosas podríamos meter para que sucediese y fuese más atractiva la historia, la verdad que congeniábamos

genial, había una buena armonía entre nosotros que hacía que todo fuera fluyendo de forma muy especial y bonita, se notaba que nos sentíamos cómodos el uno con el otro.

Salimos del bar y nos dirigimos hacia el hotel y dijimos que me trasladaba a su habitación, hicimos el cambio y luego nos fuimos a buscar la casa de coches de alquiler donde rápidamente nos pusieron uno a nuestra disposición, me quedé alucinada al saber que las ruedas no necesitaban cadenas para la nieve ya que estaban preparada para ese tipo de clima.

Una vez que nos montamos en el coche, nos fuimos por una ruta que tardaríamos

3 horas pasando por el interior del país y viendo su salvaje naturaleza, yo estaba alucinando por el entorno que estaba viviendo durante ese magnífico trayecto. Llegamos al lago Bygdin, se encuentra a una altura de unos 2000 metros, una belleza cubierta por la nieve, nos sentamos dentro de un hotel que había justo allí y nos pedimos unos sándwiches con unos refrescos, de ahí hicimos un trayecto hasta la otra parte del lago Eidsbugarden, una zona extremadamente salvajes llena de cabañas, con un precioso paisaje, estuvimos merendando por aquel lugar y luego volvimos a Oslo, paramos por el camino para cenar ya que se nos hizo

tarde, llegamos al hotel cerca de las doce de la noche, menos mal que en el coche íbamos calentito porque con las temperaturas que hacía allí nada más que te daba un poco el aire y te quedabas congelado.

Caímos rendidos en la cama mientras que hablábamos, yo estaba deseando que sucediese algo entre nosotros pero era evidente que nos respetamos mucho aunque yo notaba que él también me miraba de una forma especial y estaba a punto muchas veces de hacer que algo sucediera.

Por la mañana nos levantamos y preparamos para irnos a pasar el día por ahí, antes fuimos a desayunar a ese

precioso bar librería.

Christian estaba súper cariñoso conmigo y no paraba de hacerme muestras de cariño, me trataba muy especial en todo momento y nunca le cambiaba el carácter, estar al lado de él me hacía sentir muy segura y protegida, no quería ni imaginar cuando me tuviese que separar de él.

Me llevó a ver la mejor vista de los fiordos tan espectaculares que tiene Tyrifjord, rodeado por pequeños pueblos muy pintorescos, algunos ya muy turísticos, paramos en Drammen situado en la boca del río Simoa, solo se encuentra a 40 km de Oslo, una zona muy verde aunque en estos momentos no

se podía apreciar bien por la nevada que había pero se notaba que era un lugar totalmente tranquilo, nos fuimos al corazón de la ciudad a la gran plaza conocida como Bragernes torg.

Cristian me dijo que era una de las más grandes de Europa, llena de multitudes de bares y restaurantes, donde aprovechamos para hacer el almuerzo.

— Me está encantando este país, Cristian.

— Pues puedes venirte a vivir a él, tienes la suerte de tener un oficio en el que puedes trabajar desde cualquier

parte del mundo —dijo guiñando el ojo.

— Ya, pero solo podría estar una temporada ya que echaría de menos el clima de mi tierra.

— Normal, lo he hecho hasta yo de menos —dijo sonriendo.

— Pues nada, puedes irte a vivir allí —dije sonriendo y soñando porque fuese cierto.

Después de la comida nos fuimos para Oslo, que también era impresionante ya que tenía un emplazamiento natural increíble de fiordos entre los bosques, lleno de cafeterías y bares y muchas atracciones culturales como el Museo de los barcos vikingos, al que al día siguiente iríamos a visitar.

Una vez que llegamos a la ciudad fuimos al hotel a cambiarnos de ropa y volver a salir a pasear para cenar por allí, Christian me llevaba agarrada todo el tiempo por el hombro, mientras me iba explicando cada edificio por el que pasábamos.

En uno de esos momentos por poco me mato ya que metí un resbalón por culpa

del hielo impresionante, si no llega a haber sido por él, me como el suelo de lleno, me entró una risa de las mías, de esas que se escuchaban en toda la ciudad, la vergüenza me hacía que me entraran esos ataques.

— Me encanta escucharte reír —dijo mirándome fijamente y se me cortó la risa de golpe.

— Soy muy escandalosa —me ruboricé tontamente, pero sentí vergüenza, sabía cómo era mi risa de escandalosa.

— ¿Y a quién le importa? Eres alegría

—me acarició la mejilla y siguió mirando mis ojos fijamente.

— Es solo que estoy feliz aquí.

— Me encantaría escuchar que estás feliz conmigo —bromeó, quitándole importancia al comentario.

— Eso no lo dudes, pero bueno, a ti te tengo un poco visto y a la ciudad no —le saqué la lengua y comencé a andar de nuevo.

— Hablando en serio, ¿no te gustaría vivir aquí?

— Me encantaría, pero como te dije por poco tiempo, echaría mi tierra de menos.

— Normal, yo también echo esto de menos pero España, con su clima y sus costumbres, me lo pone fácil.

— No es que lo hayas tenido muy fácil
—le recordé y me reñí por ello.

— Lo sé, pero una española cambió

toda mi vida cuando me invitó a un bocadillo y un café.

— No digas eso, no me gusta que lo hagas.

— Pero es la verdad, me diste suerte o me diste algo por lo que ilusionarme y ahora mira, aquí estamos. El destino, quizás.

— Quizás...

Fuimos a un restaurante a comer un típico salmón, además probé un típico

postre hecho con frutas de fresas manzanas y cerezas, acompañado con un poco de queso dulce conocido como Geitost.

De allí volvimos al hotel ya que hacía mucho frío para andar por la ciudad y eso era muy difícil de aguantar así que nos metimos en la habitación y nos pusimos a charlar un buen rato.

— ¿Qué sobre tus novios? —preguntó de repente mientras me acompañaba en la terraza y yo me fumaba un cigarro.

— No he tenido buena suerte en las

relaciones —confesé.

— ¿Te han hecho daño?

— Digamos que ninguna me ha ilusionado o con ningún hombre he sentido que merecía o yo sentía nada especial.

— ¿No te sentías especial o nadie te hizo sentir especial?

— No lo sé, supongo que ambas cosas. Ya te digo que sentimientos fuertes no tuve con nadie —no iba a decirle que había empezado a tenerlos con él.

— Pero por ti sí los han tenido
—aventuró.

— Sí, y cuando lo vi, me fui. No
quiero hacerle daño a nadie.

— ¿Y no te gustaría enamorarte? —ya
esa pregunta me incomodó un poco.

— Imagino que sí pero la vida dirá.
Hasta ahora no lo he hecho y es lo que
cuenta.

— Me gustaría decir que es triste,
pero no lo siento así.

— Vaya, gracias —reí irónica.

— No me malinterpretes, Sofía, es solo que eso significa que no has amado nunca, así que el hombre al que ames de verdad, por primera vez, será afortunado —dijo seriamente.

— No sé, creo que escribir sobre el amor me ha hecho que me forme una coraza y me cuesta más expresarme, a no ser que sea por escrito, claro.

— Lo puedo entender, pero el día que

llegue ese amor, lo sabrás.

— ¿Tan fácil es saber eso?

No contestó, si no que me miró a los ojos y levantó una mano con la que me acarició tiernamente la mejilla.

Acercó su cara despacio a la mía y nuestros labios se rozaron. Fue un beso dulce y acabó demasiado deprisa. Me miró a los ojos cuando se separó de mí y sonrió tímidamente.

— Es mejor que te abrigues bien, esta noche es especialmente fría y ya me he dado cuenta de que sueles destaparte

mientras duermes.

Sabía que quería romper el hechizo del momento así que preferí olvidar lo que había pasado también.

— Buenas noches, Cristian —le dije mientras entraba en la habitación y lo dejaba allí.

— Buenas noches, princesa.

Me acosté y él hizo lo mismo. Cerré los ojos y evité suspirar, aún tenía su sabor en mis labios y tenía ganas de levantarme, acercarme a su cama y

volver a besarlo. Pero estaba claro que no iba a hacerlo.

Además, quizás para él fue algo amistoso, un simple beso de cariño a una amiga. Que a mí me hubiese removido no significaba nada.

Estábamos los dos solos en una habitación de hotel y, si quisiera algo conmigo, lo habría intentado, seguro. Pero no, fue solo eso, amistad.

Capítulo 8

Me levanté emocionada y triste a la vez por el beso que nos habíamos dado la

noche anterior, me iré hacia el lado de la cama donde estaba el Cristian y lo vi mirándome con una preciosa sonrisa, mientras se levantaba y se venía para mí a darme un beso en la frente.

— Buenos días, preciosa, ¿qué tal has dormido?

— ¡Como un bebé! ¿Y tú?

— Genial, vamos a desayunar y luego vamos a arreglar lo del impuesto, en el desayuno quiero hablar contigo
—me guiñó el ojo.

— Qué misterio, por favor...

— Anda, vamos a vestirnos y a meternos un buen desayuno.

Me fui al baño a asearme un poco y a cambiarme de ropa, estaba un poco intrigada porque me había dicho que iba a hablar conmigo y no sabía lo que quería decirme, de todas formas lo mismo le apetecía estar solo, esperaba que no fuese eso si no me partiría el alma. No era el mejor momento para pedirme hablar después del beso de la noche anterior, mi estado de nervios no iba a mejorar pensando en lo peor.

Aunque hubiese sido de amistad, que

seguro era así, imaginaba que podríamos seguir siendo amigos.

Entramos al bar y pedimos un menú especial de desayuno que ofrecían en aquel local.

— Sofia, hoy tengo que dejar el hotel ya que estaba reservado solo hasta el domingo por la noche que estaba incluida, me preguntaba cuánto tiempo te apetecía que estuviésemos por aquí ya que había pensado en la posibilidad de alquilar durante un mes una casa en la ciudad, luego había

pensado que podemos volver a Cádiz y yo allí me alquilo algo durante un tiempo hasta que tenga claro qué hacer con mi vida, no sé si podrás disponer de tanto tiempo para poderte quedarte aquí.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo ya que me estaba proponiendo hacer algo de planes junto a mí, me parecía genial la idea de poderme quedar allí un mes con él y luego venirse conmigo para España, solo tenía que llamar a mi madre y decirle que se encargara de mi casa ya que tenía llaves y con echarle algún ojo era suficiente, tenía que acabar mi novela pero podía hacerlo ahí

ya que me había traído la libreta donde iba anotando todos los capítulos, cuando llegara a España ya lo pasaría al ordenador.

Eso sin contar el alivio que recorrió mi cuerpo, ya me había imaginado sentada en un avión de camino a España y sola.

— Por mí acepto ahora mismo, no tengo nada mejor que hacer, además desde aquí puedo seguir escribiendo mi novela, espero que no te aburras de mí tanto tiempo. Por cierto, lo que sí quiero dejar bien claro es que todos los gastos los vamos a pagar a medias: el de la casa, el de la comida y todo lo que hagamos, llevas pagando

tú solo todo desde que llegué y eso no es justo.

— Sofía, ahora puedo permitírmelo y tú me ayudaste cuando más lo necesitaba y no tenía nada que echarme a la boca, te vas a quedar y no vas a pagar absolutamente nada, me sentiría horrible que lo hicieras ahora que yo puedo soportar la situación perfectamente y estoy muy desahogado, no me lo vuelvas a decir que me sentaría muy mal.

— No es justo, por cierto quiero decirte algo, el día que me dijiste que te tenías que venir y yo te conté luego

que yo te pensaba decir algo importante.

— ¿El qué? Llevo desde ese día con la curiosidad.

— Era que te fueses a vivir conmigo, que estuvieses en mi casa el tiempo que fuese necesario hasta que encontrase un trabajo y quisiera hacer tu vida a tu manera, no quería verte más en aquella casa de ocupa, no quería que te falta hacen cosas que yo podía ofrecerte y la iba a hacer de corazón..

— Sofía.

— Déjame terminar, por eso ahora quiero pedirte que cuando volvamos a España te instales en mi casa el tiempo que necesites hasta que tengas claro qué es lo que quieres que hacer, no voy a permitir que alquiles nada ni te vayas a ningún lado, solo te pido que te quedes conmigo.

— Vale, tú acepta que yo pagaré aquí todo y yo acepto que me iré contigo a tu casa el tiempo que necesite para aclarar mis ideas.

— Trato hecho —le dediqué una bonita sonrisa.

En estos momentos tenía ganas de ponerme a saltar pero no era buena idea, seguí desayunando feliz junto a él, luego nos fuimos a recoger las Escrituras y a pagar el impuesto, fue cuando me enteré que había cobrado por la casa la friolera cantidad de 200.000 €, ya con todos los gastos quitados, me entró una alegría enorme de ver que en su vida había dado un cambio ya que cuando lo conocí no tenía absolutamente nada, aún recordaba

el cartel que decía que le daba vergüenza pedir pero tenía hambre, jamás podría olvidar ese día, cuando lo vi en esa situación.

De allí nos fuimos a una agencia de alquileres de viviendas y nos llevaron a visitar 2, una era una preciosa casa adosada en una de las calles a los alrededores del centro de Oslo, estaba preciosa equipada y encima tenía una chimenea que nos llamó la atención inmediatamente, la cocina también era espectacular, nos miramos y reímos al pensar lo mismo ya que queríamos esa casa.

De allí nos fuimos a la agencia a hacer el pago y firmar por ese mes, salimos de

allí con llaves en mano y fuimos al hotel a recoger nuestras cosas para trasladarnos a la casa ya que el coche también habíamos hablado con la empresa y acordado que nos lo que daríamos todo el mes.

A las 17 ya teníamos todo trasladado y nos fuimos a hacer una compra a un supermercado, me quedé impresionada por los precios ya que eran muy altos y se pagaba casi cuatro veces más por los productos de lo que pagábamos en España, de todas formas allí los salarios serán mucho más altos que los nuestros y encima te pagaban un sueldo mensual por cada hijo que tenías.

Llenamos el carro hasta arriba y cuando

pasamos por caja pagó la friolera cantidad de 500 € cosa que en España hubiera pagado ni 150, pero bueno, ellos estaban acostumbrados a esos precios.

Volvimos a la casa, hacía un frío que se volvía inaguantable sobre el rostro, tal como entramos Christian puso la chimenea a pesar de que había calefacción en toda la casa pero la había reducido en el salón para poder aprovechar el calor del fuego que era lo que realmente nos gustaba.

Coloqué toda la compra en la cocina, lo puse todo a modo muy ordenado y sobre todo la nevera, tenía una maldita manía con tener todo puesto a la perfección.

Metí una pizza en el horno para esa

noche ya que queríamos algo rápido, Christian estaba muy feliz, el salón era muy acogedor, quedamos empezando a ver todas las noches algunos capítulos de una serie llamada Walking Dead, ya que queríamos engancharnos a ella, me habían hablado muy bien sobre ella y a Cristian le hacía mucha ilusión poderla ver.

Cuando vimos el primer capítulo corriendo fuimos a poner el segundo ya que nos había impactado la serie, era mucho mejor de lo que nos habían contado y eso que nos habían hablado maravillas.

— ¿Has hablado con tus padres? —me

preguntó cuando volvió con dos latas de refrescos más, teníamos la seria puesta en pausa.

—Sí, mientras te duchabas. Le expliqué a mi madre todo para que no se enfadara ya que dice que siempre se lo cuento a mi padre primero —dije riéndome.

—Pero tienes a tus padres —dijo con pena.

—Eh, no te pongas triste —le di un abrazo—. Tú ya no estás solo —le recordé, refiriéndome a mí.

— No sabes cómo me emociona escuchar eso. Ojalá sea así siempre.

— No voy a irme de tu lado, Cristian, a no ser que tú me eches —reconocí.

— Nunca podría echarte, Sofía, ahora mismo eres todo para mí.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y me besó. Pero esa vez no fue como la anterior, si no que fue un beso

de verdad, dulce pero que mostraba el deseo que sentía por mí, ese que a veces yo había notado y que otras pensaba que era fruto de mi imaginación romántica.

Separé su boca de la mía pero él siguió dándome pequeños besos en los labios, como si no quisiese dejar de tocarlos. Se levantó como si le costara la vida y me tendió la mano. La agarré y lo seguí hasta el dormitorio de matrimonio.

— Si me dices que no, paro ahora
—dijo cuando estábamos los dos de pie, al lado de la cama, sin tocarnos.

Por nada del mundo iba a decirle que

no, estaba deseando que eso ocurriera entre nosotros. Le eché valor y pegué mi cuerpo al suyo. Fue lo único que le hizo falta para besarme apasionadamente, esa vez sin guardarse nada, sin control casi.

Nos desnudamos sin dejar de besarnos y caímos juntos en la cama. Me hico ponerme de espaldas y se incorporó, observó mi cuerpo detenidamente y me miró a los ojos.

— No quiero perder lo que tenemos, princesa, pero no quiero parar esto que va a pasar —dijo con lo que sentí era un poco de culpa.

— No es momento de pensar
—susurré.

Se colocó encima de mí y comenzó a besarme de nuevo mientras con sus manos acariciaba mi cintura y mis caderas. Dejó mi boca para besar mi cuello hasta llegar a mis pechos y yo me arqueé al notar la lengua en ellos.

Noté cómo su miembro rozaba mi entrepierna pero no se atrevía a entrar, algo normal.

— Estoy sana, tomo la píldora y confío en ti —le dije.

— Sabes que no es correcto.

— Lo sé, pero quiero sentirte por completo.

Gimió y se introdujo en mí suavemente. Comenzó a moverse sin dejar de besarme, yo lo tenía abrazado por el cuello, siempre necesitando profundizar ese beso.

Llegué al clímax rápido y él me siguió al poco tiempo. No habíamos durado mucho, pero las sensaciones, al menos para mí, habían sido bastante intensas.

Nos tumbamos en la cama y me abracé a él, apoyando mi cabeza en su pecho y él me rodeó con sus brazos, nos tapó y me

dio un beso en la cabeza.

— Duerme, princesa —susurró.

Cerré los ojos con una enorme sonrisa en la cara.

Capítulo 9

Me desperté escuchando el fabuloso ruido de la cafetera y fui hacia la cocina y ya estaba Cristian preparando el desayuno y recibéndome con una sonrisa de oreja a oreja, se vino a darme un fuerte abrazo y un cálido beso en los labios.

— Buenos días, princesa.

— Buenos días, cariño.

— Ahora cuando desayunemos debo de salir un momento a hacer un recado que me es urgente, no tardaré mucho.

Me extrañaba que no me pidiese que lo acompañase pero intenté dar normalidad para no agobiarlo.

— Vale, me quedaré preparando la comida y recogiendo un poco la casa.

— No te esfuerces mucho, cuando vuelva yo te ayudo.

— No te preocupes, está todo más o menos ordenado así que me pondré a cocinar, me vendrá bien entretenerme un rato.

— Perfecto, de todas formas no tardaré

— Tranquilo, tómate el tiempo que sea necesario.

Después del desayuno se marchó no sin antes darme un gran abrazo y decirme que gracias por estar en su vida y hacerle todo más maravilloso, estaba bebiendo los vientos por él, cosa que yo

antes no me hubiera imaginado ya que era muy independiente y no le daba demasiada importancia al amor ya que tenía una vida en la que hacía lo que quería, pero por lo visto Cupido me tenía preparado este gran flechazo que entraría en mi vida de forma fulminante.

Me propuse hacer una gran tortilla de patatas con una cantidad de huevos para que saliese gorda y jugosa, después me puse a empanar unos filetes de pollo para acompañarla, también aproveché para hacer unas lentejas para el día siguiente, estaba feliz, tenía puesto en el móvil la música que me había ido bajando últimamente, quería volver a empezar a tomar la rutina de escribir ya

que no podía dejarlo mucho más tiempo, me estaba demorando demasiado por todo lo que me había sucedido.

Me llegó un mensaje de WhatsApp y cogí el móvil corriendo, esperando que fuera Cristian, pero era mi amiga Lucía.

“Bueno, parece que desde que el frío te heló el cerebro, hasta a las amigas olvidaste, jajaja.”

“No seas tonta, solo he estado demasiado ocupada.”

“Ya, me imagino en qué, jejeje.”

“Estamos juntos, Lucía.”

“Ya tardabais. Te lo dije cuando me contaste lo de vivir un tiempo allí con él. Pero como nunca me haces caso...”

“Es perfecto...”

“No estoy yo para escuchar cosas románticas”:

“¿Pelea con el jefe de nuevo?”

“El pan de todos los días. Por cierto,

ya llegó. Hablamos luego, tienes muchas cosas que contarme.”

“Claro. Cuídate, besos.”

“Besos.”

Dejé el móvil y seguí con lo que estaba. Un rato después apareció por la puerta Cristian y traía con él una gran bolsa con una caja dentro, la puso sobre la mesa de la cocina.

— Sofía, este es un regalo que he comprado para ti, por eso quise irme solo pues tenía pensado en ir a

buscarte este detalle.

— No tenías porque hacerlo Christian
—dije poniendo cara de sonrojada
por la sorpresa.

— Ábrelo, por favor —dijo
sonriendo.

Saqué la caja de la bolsa y me di cuenta
inmediatamente que era un portátil.

— Cristian, por Dios, ¿por qué te has
metido en esto?

— Sofía, te es necesario para seguir trabajando, además que el que tenías en España te estabas quejando últimamente diciendo que te tenías que comprar otro, me hacía mucha ilusión regalártelo.

— No sé qué decirte, pero millones de gracias por este gran detalle —dije mientras me acercaba para darle un gran abrazo.

— Debemos de aprovechar este mes, además que debido al clima de este país nos veremos obligados estar muchos días aquí encerrados, te vendrá bien pasar todo al ordenador y

yo aprovecharé con la tablet que me he comprado para mirar varias cosas que me interesan, además que quiero hacer un curso online de diseño, quizás algún día me puedo permitir el lujo de hacerte alguna portada.

— Sería un placer, me vendrá muy bien que lo hagas —dije muerta de risa por la gracia que me había hecho lo que me había dicho.

— También quiero investigar un poquito el mercado en Chiclana ya que la otra vez me enteré que había mucho chalets embargados muy baratos, me gustaría invertir en algo

que fuese mío, aquella zona me gustó mucho para vivir, el clima es perfecto y tener el mar al lado es algo imprescindible.

— Pues sí, te veo ya Chiclanero
—dije descojonada de la risa pero deseando que así fuera.

— Dejemos todo fluir, el tiempo nos pondrá donde nos corresponde.

Se acercó a la tortilla y se quedó impresionado al verla, me pidió permiso para coger un pedazo y me hizo mucha gracia, luego, cuando levantó la tapa de

la olla y vio las lentejas y las olió, se volvió hacia mí y me preguntó:

— ¿Quieres casarte conmigo?

Me entró un ataque de risa impresionante, evidentemente estaba de broma, si me lo llega a haber dicho en serio en ese momento me lo como a besos y le digo que sí.

Un rato después estábamos comiendo, empezamos a planificar el pasar el fin de semana en una cabaña al rededor de algún bonito fiordo, para mí esas cosas me hacían vivirla de forma muy especial, aunque cualquier día a su lado

lo era.

Por la tarde empecé a preparar el nuevo portátil para adaptarme a él y escribir todo lo que tenía en la libreta anotado de la nueva novela, él se puso en la tablet a buscar una cabaña y al final me dijo que ya lo había encontrado, incluso reservado por internet, pero que no me iba a decir nada hasta que yo descubriese el Viernes de qué lugar se trataba.

Cristian hacía que todo fuera muy especial, sabía sorprenderme de mil maneras, incluso cuando no tenía dinero me sorprendió la capacidad creativa que tenía.

Esa semana pasó volando, tomamos la

rutina de desayunar juntos en la casa o en la calle, luego volvíamos a preparar la comida y recoger un poco la casa y por la tarde yo me ponía a escribir y él se ponía con sus cosas en la tablet, por las noches cenábamos algo ligero y luego veíamos la serie Walking Dead, aunque muchas tardes también los cambiamos algún capítulo antes de empezar a hacer nuestras cosas.

El viernes por la mañana nos montamos en el coche después de meter nuestro pequeño equipaje y cogimos rumbo a ese lugar secreto al que tardamos aproximadamente 4 horas en llegar y que cuando lo hicimos descubrí que se trataba de Undredal, un lugar mágico y

monumental fiordo, con unas encantadoras casas de madera enclavadas en ese precioso paisaje.

Un lugar con apenas 100 habitantes, donde había muchas cabras, además de ser famosa por la producción de quesos y por una preciosa iglesia de madera.

Paró frente a la cabaña donde le habían dejado escondida la llave, sacamos todo del coche y lo metimos en la casa ya que yo llevaba hasta la comida preparada para todo el fin de semana aparte de haber metido infinidad de deliciosos caprichos, así como vinos y refrescos.

Preparé la mesa y puse una botella de vino tinto y la lasaña que había acabado

de calentar en el horno y que había preparado la noche anterior.

Cogimos la copa y salimos hacia fuera después de comer, queríamos disfrutar del vino mientras sentíamos y observábamos aquella maravillosa estampa que teníamos ante nuestros ojos, pese a que todo estaba cubierto de nieve en las casas que daban en clavada de forma precioso todo aquello parecía como una especie de Valle.

Christian, al igual que yo, por culpa del vino, estaba muy meloso, él no paraba de hacerme gestos de cariño y mirarme con ojos de deseos, ya sabía que un rato después íbamos a terminar dándonos un buen revolcón estrenando aquella

habitación de la cabaña, no me equivoqué, una hora después estábamos caminando para la habitación.

El día siguiente nos levantamos temprano y nos fuimos a conocer los alrededores, para él sería algo normal pero yo estaba completamente boquiabierto. Comimos en un picnic que preparamos al aire libre y volvimos ya pasada la tarde a la cabaña.

Tomamos una ducha y nos sentamos en el sofá a descansar, la caminata nos había dejado agotados.

Cristian me hizo tumbarme y poner los pies sobre sus piernas y comenzó a darme un masaje, yo gemí de puro gusto.

— Podría acostumbrarme a esto —le dije.

— ¿A qué exactamente? ¿Al país? ¿A la cabaña? ¿Al masaje?...

— A todo —reí—. Pero sobre todo a ti.

— Más vale que te acostumbres, Sofía, me vas a ver más tiempo del que desearías.

— Ya te digo yo que tú acabarás aburriéndote antes de mí que yo de ti.

— Si tú lo dices... —dijo haciéndome cosquillas en los pies.

Me retorcí, era algo que no soportaba, chillaba y me reía como una niña pequeña y a él le pareció divertido.

— Ya —dije de la ronquera que tenía por el mal rato que había pasado.

— Me encanta verte reír —estaba en el sofá, tumbado sobre mí.

— Pero no así —me quejé.

— Prometo no hacerlo más. Pero solo si me besas.

— Eso es chantaje —me hice la ofendida.

— ¿Pero funciona?

— No necesitas chantajearme para que te bese, Cristian, pídemelo que lo haré con gusto —le dije sinceramente—. Me encanta besarte.

— No más de lo que me gusta a mí —dijo antes de darme un beso que nos

dejó a los dos sin respiración.

Acabamos desnudos en el sofá, con toda la ropa tirada por el suelo, abrazados y haciendo el amor sin poder dejar de tocarnos. Me encantaba ese hombre, me sentía plena con él en todos los sentidos y lo amaba demasiado.

— Te amo, Cristian —le dije cuando el orgasmo nos dejó respirar.

Me miró emocionado y una lágrima cayó por su mejilla y eso me impactó.

— Repítelo —pidió con voz ronca.

— Te amo —le dije de nuevo, no me costaba ningún trabajo hacerlo, con él era algo natural aunque para mí fuese algo nuevo

— No más de lo que yo te amo a ti
—respondió antes de besarme y volverme a hacer el amor.

— Prométeme algo, princesa.

— Lo que quieras —dije sin dudar cuando estábamos en la cama un rato después.

— Que no me vas a dejar y te quedarás conmigo.

— Esa promesa te la hice hace tiempo
— y volví a besarlo antes de caer los dos rendidos en un profundo sueño.

La mañana del Domingo nos levantamos y recogimos todo, volviendo a la casa que habíamos alquilado.

Los dos íbamos felices, viviendo un bonito sueño. Llegamos y deshicimos el equipaje y decidimos quedarnos de relax. Aproveché para llamar a mis padres y a Lucía y, cuando nos dimos cuenta, estábamos los dos abrazados en

el sofá, besándonos como la primera vez.

Capítulo 10

Las tres siguientes semanas pasaron volando en Oslo, aunque no le decía nada Christian, estaba deseando volver a mi casa y encima con la fortuna que lo

hacía junto a él, aquello me encantaba y me había habituado bastante bien pese al clima tan duro que tenían en esa época, pero echaba de menos el clima de Cádiz, a pesar de estar a principios de Diciembre, aquí podíamos disfrutar de días bastante soleados.

Preparamos todo el equipaje bien ya que íbamos cargados con muchísimas cosas que habíamos ido comprando y adquiriendo a lo largo de todo este mes.

Iba muy nerviosa para el aeropuerto, allí nos estaría esperando mi coche, cosa que tuve que llamar al parking privado para decir que lo recogía un mes después y abonarlo mediante tarjeta.

El vuelo lo pasé durmiendo ya que me

había acabado de poner con el periódico y no me encontraba muy bien y me tuve que tomar una pastilla que me hizo caer en redondo y dormir casi todo el vuelo.

Al salir de la terminal del aeropuerto de Málaga, los dos nos miramos sonriendo por el cambio climático tan abismal que había entre un país y otro.

Cogemos el coche y tiramos hacia Cádiz, ya había oscurecido ya que eran las 9 de la noche, puse Cadena Dial durante todo el trayecto, me apetecía escuchar música de mi emisora favorita cuando conducía.

A las doce de la noche ya estábamos entrando por las puertas de mi casa, mi hogar, dulce hogar, en el fondo la había

echado mucho de menos, dejamos las cosas en un rincón del salón nos tiramos en el sofá reventados por el viaje, en el mismo sitio donde nos quedamos dormidos toda la noche al igual que la otra vez antes de irse Cristian para Noruega.

Pasamos los primeros días habituándonos al nuevo ritmo de vida, fui a ver a mis padres sola y comentarle lo que me estaba sucediendo con la persona tan especial que había conocido y que iba a estar una temporada en mi casa, me pidieron que lo llevase que estos días a comer ya que lo querían conocer y por supuesto me dieron su aprobación. Yo sabía que sería así y les

había contado cosas, sobre todo a mi padre, pero ahora era oficial y necesitaba contar con ellos. Me dijeron que me deseaban lo mejor del mundo y mi padre me recordó nuestra conversación antes de irme, salí muy feliz de casa de allí ya que me desahogué con ellos sobre todo lo que me estaba pasando.

Cuando llegué a casa, Cristian me tenía preparada toda la comida y me había limpiado todo el polvo del salón y el suelo de la casa.

— Mi madre está deseando conocerte
—dije sonriendo nada más llegar.

— Sería todo un honor para mí

— Mi padre por supuesto también, pero él se calla más en estos temas pero respeta todo y mientras hablaba con mi madre la sonrisa de él me dejaba entrever que también estaba de acuerdo. Eso y que hablamos a escondidas de mi madre, claro —me reí.

— Sofía, siéntate, quiero hablar contigo.

— ¿Pasa algo? —pregunté preocupada.

— No, princesa, quería comentarte que yo soy muy feliz a tu lado y estoy comprobando que tú también lo eres y que esto está marchando seriamente y no nos hace falta pedir o adquirir un compromiso para saber que ya estamos unidos, por supuesto debemos de tomar una decisión para estar juntos, yo no podría vivir aquí mucho tiempo de prestado en tu casa, había pensado en comprarme algo cerca de la playa, al otro lado de la ciudad, así podríamos estar una parte del tiempo en tu casa y otra en la mía y yo me sentiría más cómodo y menos prestado, además podemos pasar aquí

la gran parte del invierno y allí la primavera y el verano.

— Me parece una genial idea, yo solo te pido que no te vayas, quédate conmigo, sea aquí o en cualquier lugar del mundo.

— Claro, preciosa, jamás te abandonaría —dijo mientras me daba un cálido abrazo.

En esos momentos, mientras lo abrazaba, me di cuenta que todo el universo estaba conspirando para que nosotros estuviésemos juntos, éramos

felices de aquella manera, había algo muy fuerte entre nosotros dos.

Los siguientes días pasamos viendo unos chalets de embargo bancario en segunda línea de playa, con un buen trozo de parcela y piscina, tuvo la suerte de ser el primero en ver una ganga, no se lo pensó y entregó la señal ya que estaba valorado en 200.000 € y lo estaba adquiriendo por 95.000 €, todo un chollo, era pequeñito pero muy coqueto, él estaba feliz de poder tener una propiedad y no sentirse viviendo a costa de nadie.

En una semana ya tenía firmado los papeles de la casa y estábamos

adecuándola para cuando nos fuéramos a pasar allí una temporada, su cara de felicidad era lo más bonito que yo podía ver en esos momentos.

Él se puso a promocionar mis libros a través de las redes sociales y la verdad que se notaba en las ventanas y además por la mañana no asistir a un curso intensivo de Photoshop para hacerme Banners de promoción y las portadas de mis próximas novelas.

Yo estaba mucho más centrada y volví a coger mi ritmo de escribir, se acaba una novela detrás de otra y siempre tenía una historia para montar en mi cabeza.

Habíamos ido a comer a casa de mis padres y le habían caído muy bien a

Cristian, por supuesto él también les cayó muy bien a ellos, se tiraron toda la tarde charlando.

Las siguientes semanas fueron de ensueño, hasta que una fatídica mañana recibí una llamada que me dejó destrozada.

— Por favor, tranquilícese —escuché entre las brumas que tenía en mi mente en ese momento—. No vaya a conducir en ese estado, llame a alguien para que la traiga, ¿me escucha? —me ordenaban.

— Quiero verlo —decía llorando

desconsoladamente.

— Lo hará, pero tiene que calmarse.

— Voy para allá —dije y colgué.

Llamé corriendo a un taxi para que me llevara al Hospital, por el camino iba contándoles a mis padres y a Lucía, me llamó cuando mi madre la llamó ya que yo no podía ni centrarme.

Salté casi del vehículo y salí corriendo por la entrada de Urgencias, pregunté por Cristian y me hicieron esperar lo que se me hizo una eternidad hasta que una enfermera me nombró y me hizo

seguirla.

Entré en la habitación que estaba poco iluminada y lo vi sin moverse, con los ojos cerrados y lleno de cables.

Me acerqué a él corriendo, tenía que tocarlo.

— Cariño, soy yo, despierta.

Estaba como en un sueño profundo y no me escuchaba, y yo solo quería hacerlo reaccionar.

— Cristian, por favor, no te vayas, quédate conmigo —dije entre sollozos, pensando que se me iba la vida sin él.

En ese momento entró el médico y me hizo salir fuera para explicarme. Había tenido un accidente con el coche y tenía algunas magulladuras pero nada importante. El golpe en la cabeza había sido más fuerte pero según las pruebas, cuando bajara la inflamación, no deberían de quedar secuelas.

Un poco más tranquila, entré y me senté junto a él, sin soltarle la mano. Mis padres y Lucía aparecieron poco tiempo después y se negaron a dejarme sola.

Las horas pasaban y Cristian no reaccionaba y yo estaba empezando a asustarme demasiado.

Lloré como nunca lo había hecho, me

sentía destrozada, solo quería que abriera los ojos y me mirara, pero seguía dormido. Mis padres y mi amiga intentaron que saliera a tomar un poco el aire pero yo no pensaba separarme de él hasta verlo bien.

Le di un beso en la mano y le repetí lo mismo que llevaba diciéndole desde que llegué.

— Cristian, por favor, no te vayas, quédate conmigo.

En ese momento mi amor comenzó a abrir los ojos y yo sentí que me desmayaba por la emoción.

— No, no intentes hablar —le dije.

Llamamos al doctor y nos dijo que era muy buena señal y que respondía a los estímulos, que en unos días, si seguía así estaría de vuelta en casa.

Y así fue, días después estábamos juntos en nuestra casa, los dos tumbados en la cama ya que él tenía que reposar y yo me había llevado el ordenador para allá y no dejarlo solo ni un instante.

— Pasé mucho miedo, cariño —le dije de repente, apoyada en su pecho, era la primera vez que hablábamos del

accidente.

— Yo también. En el momento en que vi que el otro coche me embestía, solo podía pensar que no volvería a verte.

— Te dije que no te sería fácil deshacerte de mí —dije emocionada.

— Como si pensara en eso.

Levanté la cabeza y lo besé, no había dejado de hacerlo en ningún momento.

La vida me había enseñado con ese golpe que en cualquier momento puedes perder a las personas que amas y que

por ello, jamás debemos de dejar de demostrar cuánto significan para nosotros.

— No te vayas, Cristian, quédate conmigo —le dije entre besos.

— Siempre contigo —contestó antes de devorarme a besos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta novela es especial para ambas, por la historia y tantos sentimientos que nos evoca, y además de dedicarla como siempre a todos los lectores, familia y amigos, queremos hacerlo, sobre todo, a esas personas que lo están pasando mal, que tienen situaciones delicadas y que sepan que siempre habrá alguien dispuesto a darles la mano. Que nunca se rindan, que tengan fe y, sobre todo, que crean en el amor.

Esa es la fuerza más poderosa con la que pueden luchar.

Norah Carter – Monika Hoff.